



Sabiduría de los cuentos sufíes

Oscar Brenifier e Isabelle Millon

Traducción Elena Carmen Horno García

Diálogos :

El largo viaje de Fátima	3
El papagayo	9
Las granadas	14
El maestro de escuela	20
La mujer infiel	26
La muerte	31
El mosquito y el elefante	36
La vejez	41
El reparto	45
Los tres consejos	47
Mahmud el indeciso	49
Los excrementos	54
El propietario y el mendigo	56
El hombre que montaba en cólera	58
El antiguo baúl	60
El hombre que caminaba sobre las aguas	62
La Tienda de las Lámparas	65
El rey que quería ser generoso	68
La amada	71
Precioso y sin valor	73

El largo viaje de Fátima

¿Es la vida una puesta a prueba?

Hubo una vez una joven llamada Fátima, hija de un próspero comerciante, que vivía en el Magreb. El padre decidió un buen día partir en viaje de negocios, al otro lado del Mediterráneo. “Quizá puedas encontrar un buen esposo”, dijo a su hija. Después de algunas escalas afortunadas, en las que el padre hizo negocios provechosos y Fátima soñaba con su futuro marido, el barco naufragó frente a la costa egipcia. El padre se ahogó, y Fátima se encontró perdida, en la pobreza más absoluta. Afortunadamente fue recogida por una familia de hilanderos y tejedores, muy pobres, que la acogieron y le enseñaron los rudimentos de su oficio. Al cabo de un cierto tiempo, Fátima logró reconciliarse con su desgracia.

Un día en el que paseaba por la rivera, unos traficantes de esclavos la raptaron y la llevaron a Estambul. La trataban con dureza, y la pobre Fátima se lamentaba amargamente de su suerte: era muy desgraciada. Cuando la exhibieron en el mercado, un fabricante de mástiles, que buscaba obreros, al verla tan triste tuvo piedad de ella. La compró para ofrecerle una vida más amable, como sirvienta de su esposa. Pero cuando llegaron a su casa el hombre recibió la noticia de que estaba arruinado, porque su único navío así como todo su cargamento habían sido robados por piratas. No teniendo ya los medios para emplear obreros, se puso a construir mástiles él mismo, con la ayuda de su mujer y de Fátima, lo que constituía una ardua tarea. Agradecida, Fátima trabajó duramente, y al cabo de un cierto tiempo, lograron alcanzar de nuevo la prosperidad. El patrón acabó por liberarla, hizo de ella su asociada y ella recuperó una cierta felicidad.

Un día el patrón decidió enviar a Fátima con una carga de mástiles al otro lado de los mares, a Asia, para obtener mayores beneficios. Pero el navío, presa de un huracán, naufragó. Fátima a duras penas logró alcanzar la orilla. Una vez allí comenzó a lamentarse, pensando que su vida era una catástrofe permanente, porque cada vez que estaba feliz, sus esperanzas eran quebradas. “¿Por qué tengo que padecer siempre desgracias?” exclamó bañada en lágrimas, tirada bajo el sol. Al no responderle nadie, se puso de pie y comenzó a caminar tierra adentro.

Sin saberlo había llegado a China. Y hete aquí que circulaba desde hacía siglos una leyenda, según la cual una extranjera llegaría un día y fabricaría una jaima para el emperador. En este país nadie sabía qué era una jaima ni cómo construirla. Pero siempre habían esperado que la profecía se realizase. Además, al inicio de cada año, los heraldos recorrían la comarca, anunciando por todos los rincones que todo extranjero que llegara al país debía ser conducido inmediatamente a palacio. Cuando la gente vio a Fátima llegar a su pueblo, le explicaron que debía presentarse de inmediato en la corte, y la acompañaron.

Una vez frente al emperador, le preguntaron si sabía hacer una jaima. Ella respondió que sí, y pidió cuerda. Lamentablemente, no había. Pero ella recordó su trabajo de hilandera: recogió entonces lino y confeccionó las cuerdas. Entonces pidió tela y no había. Pero recordó su trabajo de tejedora y fabricó tela. Pidió ahora postes y estacas, que tampoco había. Pero ella se acordó

de su trabajo con madera y los fabricó ella misma. Al fin, recordando las distintas jaimas que había visto y en las que había vivido, construyó una.

Cuando el emperador vio el resultado se maravilló. Como recompensa, ofreció a Fátima complacer todos sus deseos. Ella decidió casarse con un joven príncipe y quedarse en China, donde tuvo muchos hijos y una vida larga y feliz.

La Separación

La historia de Fátima es una recapitulación de la vida de todos. El nombre “Fátima” significa literalmente “el niño que acaba de ser destetado”. Podríamos decir que se trata de una historia de separación, de ruptura del vínculo. Al principio todo va bien, como para el niño **fusionado** con su madre. El padre es rico, provee para cubrir todas las necesidades. Pero a imagen de Ulises, descubre que encontrar su camino es una auténtica **aventura**, llena de peripecias. La vida no es una serie de etapas que se encadenan naturalmente, de modo previsible y según nuestros designios, sino una serie de acontecimientos más o menos fortuitos a los que hay que adaptarse, de desafíos que se deben afrontar, de situaciones adversas que debemos combatir. Aceptar esta realidad y afrontarla, a esto puede llamarsele **madurar**.

La separación que da origen al nombre de Fátima corresponde a una de las primeras crisis que atraviesa el niño pequeño, otra forma de ruptura del cordón umbilical. Es una **separación**, la separación de la matriz, término que indica a la vez el origen de un ser y el entorno en el que evoluciona y se desarrolla. Démonos cuenta para comenzar de que en ningún lugar se hace referencia a la madre de Fátima: detalle que insiste sobre la realidad de la separación de esta joven. Desde el principio ella busca un marido, lo que indica que está preparada para salir del hogar familiar; ya no tiene madre porque se dispone a serlo ella misma, que aspira a su estatus de **mujer**, lo que implica la separación de su propia madre.

Tanto en Fátima como en su padre existe una cierta **insatisfacción**, el origen de una búsqueda. Este sentimiento, muy humano, toma diferentes formas. Por un lado en el padre, que desea hacer mejores negocios. En efecto, es parte de la esencia de la actividad comercial, como de muchas otras, aspirar siempre a más. La búsqueda de la fortuna es sin duda una de las expresiones más manifiestas de la insaciabilidad del deseo humano, junto a la persecución de la gloria y del placer. Parece que todo éxito en estos ámbitos entraña naturalmente nuevos deseos, más intensos y más ambiciosos, a riesgo de llegar a la **desmesura**. Es esto sin duda lo que es castigado, mediante ese **nafragio** del que el padre no volverá.

Este “hombre de negocios” expresa la naturaleza vulgar y corriente del hombre: su materialismo y su persecución de bienes tangibles. Podríamos encontrar en ello el grado primero de la humanidad. Al mismo tiempo el padre, sin saberlo quizás, está motivado por otra búsqueda. Desea partir, correr riesgos abandonando su anclaje, su estabilidad. ¿Para ir a dónde? Hacia oriente, hacia el lejano horizonte por donde el sol se levanta, hacia el lugar del que proviene la luz, hacia el origen: un viaje de Extremo Occidente hacia Extremo Oriente, que sólo logrará su hija, en su lugar. Y es que la vida, la búsqueda que representa la existencia humana, no se limita al individuo: es una **continuidad**, y así sobrepasa su propia finitud. Sin duda es por esto que instintivamente nos reproducimos. Además, bajo la apariencia de una búsqueda material, se vislumbra un deseo espiritual. La sombra metafísica ronda todos los actos humanos y no podemos escapar a la doble **perspectiva material y espiritual**, cuando ni nosotros mismos somos conscientes de ello.

Así, nuestro hombre desea ir hacia el sol levante, hacia el origen de la luz, aunque sea para hacer negocios allí. Y no olvida a su hija, porque no excluye encontrarle un marido durante la excursión. Lo que para ella es la primera preocupación no es para él más que una posibilidad secundaria: así es el abismo generacional. Pese a la continuidad de la vida y de las generaciones

que se siguen, encontramos, a pesar de todo, distinciones que oponen a individuos concretos. Tenemos por lo tanto tres búsquedas que se superponen: la búsqueda material, la búsqueda espiritual y la búsqueda existencial, que constituyen entre las tres el conjunto de nuestra motivación, en otras palabras: la búsqueda del **mundo**, la búsqueda de la **trascendencia** y la búsqueda de la **singularidad**.

El drama de la existencia

Examinemos ahora el comportamiento de Fátima a lo largo de su epopeya. Al comienzo ella es la jovencita satisfecha y soñadora, ingenua, romántica y llena de esperanzas, que no conoce aún la vida. Una actitud que mantendrá mientras no experimente el drama. Pero éste acaba por llegar, de manera trágica, porque ella pierde en un solo acontecimiento todo lo que tenía: su tranquilidad, su protección, su riqueza, etc. Descubre de pronto la soledad y la privación, la realidad del ser singular, lo que podemos llamar la auténtica separación. Fátima se gana al fin su nombre. Ella es recogida por tejedores pobres, que viven del trabajo de sus manos. Con ellos, aprende la dura realidad del mundo: la miseria, la dificultad, pero también el aprendizaje de un oficio. Este último punto es muy importante, como veremos, para el desarrollo de la historia. Fátima era una niña dependiente, satisfecha y feliz, después una pobre víctima impotente y sufriente, y ahora adquiere un cierto **poder** gracias al trabajo, que es una forma de transformar el contexto y de satisfacer las propias necesidades. Es por este hecho que ella sufre menos y aprende a **aceptar** su suerte, es decir que se reconcilia con la realidad, con el mundo y con ella misma.

A lo largo de su historia observamos una oscilación entre estos tres momentos emocionales: **satisfacción**, después **angustia** o desesperación, finalmente **reconciliación**, diversos momentos ligados a los acontecimientos y a las etapas de la vida. Cuando sobreviene un drama, como en toda situación difícil, durante un tiempo más o menos largo sufrimos, y el sufrimiento nos impide pensar y reaccionar de forma adecuada. La sabiduría o la fortaleza consisten precisamente en superar esta etapa, a sobreponerse, a ir más allá del dolor. Con el aprendizaje se trata de reducir ese tiempo de latencia, hasta verlo prácticamente desaparecer, un ideal de autorregulación ciertamente difícil de alcanzar. A través de estos diversos dramas, que conforman la epopeya humana, se constituye lentamente nuestra existencia singular.

Providencia y sabiduría

A medida que avanza la narración, el mismo ciclo se reproduce: tras cada momento terrible, causado en general por la fatalidad, Fátima recupera el control. Notaremos sobre este punto que lo que le permite superar estos acontecimientos es una combinación de tres factores: una **providencia** que provee de circunstancias favorables, el encuentro con **personas** de buena voluntad y su propia buena voluntad, manifiesta en su aceptación de vivir en la pobreza, por su facultad de trabajar en condiciones difíciles y por su capacidad de agradecimiento, por su **generosidad**. Al principio, tanto para bien como para mal, los acontecimientos son producidos por una combinación de elementos fortuitos (por ejemplo, las fuerzas de la naturaleza) y elementos humanos externos (las personas que actúan de un modo moral o inmoral). Respecto a esto, Fátima reaccionará de diversas maneras, pero su **voluntad** y el bien que se sigue de ella terminarán en general por primar. La idea es mostrarnos que la perseverancia, la paciencia, la fuerza de carácter terminan siempre por triunfar. Hasta la conclusión "china" de la historia, que

recapitulará la totalidad de su existencia, dando retrospectivamente sentido y valor a cada uno de los momentos que ha vivido y que le procurarán además una felicidad que podríamos calificar de perfecta. Estas serán a la vez las competencias técnicas asimiladas con el trabajo y la grandeza de alma adquirida al sobreponerse a las pruebas que le permiten volverse ella misma, realizarse, ser mujer, madre, es decir una “reina”, **un ser completamente realizado**. Ella concluye el viaje hacia oriente que su padre había emprendido, sin saber que la “fortuna” que allí se encuentra es otra que aquella que esperaba.

Es interesante observar que justo antes de la última peripecia, que representa su “victoria” definitiva sobre la fatalidad, es el momento en el que Fátima se desespera más: “¿por qué tengo que padecer siempre desgracias?” – se lamenta. Este “siempre” parece condenarla a una eternidad imposible de víctima sufriente e impotente. Pero es precisamente en el borde de este abismo donde se encuentra su última salvación. Y su estatus de extranjera, que hace de ella una excluida, hace de ella también una **elegida**: aquella que podrá lograr lo que ningún otro sabe hacer. Podemos pensar que es una versión femenina del famoso poema de Rudyard Kipling: “Si puedes ver destruida la obra de tu vida y sin decir una sola palabra ponerte a reconstruirla... ¡Serás un hombre, hijo mío!”.

El largo viaje de Fátima

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿Qué es lo que el padre de Fátima busca principalmente?
- ¿Qué espera Fátima de la vida?
- ¿Por qué el trabajo tiene un papel importante en esta historia?
- ¿Qué aprende Fátima con el paso del tiempo?
- ¿Por qué terminan las aventuras de Fátima?
- ¿Qué representa China en esta historia?
- ¿Por qué Fátima necesita un marido?
- ¿Por qué los países lejanos son más prometedores?
- ¿Cómo se reconcilia Fátima con su suerte?
- ¿Qué representan todos esos naufragios en la vida de Fátima?

Reflexión

- ¿El trabajo es esencial en la vida?
- ¿Las desdichas son útiles?
- ¿Somos todos nosotros juguetes del azar?
- ¿El ser humano está esencialmente solo?
- ¿La vida es necesariamente una prueba dolorosa?
- ¿La vida debe tener un sentido?
- ¿La fortaleza es un fin o un medio en la existencia?
- ¿El hombre es un animal insatisfecho?
- ¿Existe la providencia?
- ¿Por qué el hombre desea enriquecerse?

El papagayo

¿Somos prisioneros de nosotros mismos?

Un mercader tenía un papagayo al que guardaba en una gran jaula. Le tenía mucho aprecio porque el animal hablaba notablemente bien. Un buen día, como el mercader debía viajar a la India, país del que era originario el papagayo, preguntó al ave qué regalo le gustaría más, para traérselo. El ave respondió sin dudarle: “La libertad”. Cuando el hombre se negó, el papagayo dijo: “Entonces ve al bosque a las afueras de la ciudad y, cuando veas papagayos en los árboles, dales noticias mías: díles lo que me ha sucedido, cómo he sido condenado a vivir enjaulado. Pídeles que se acuerden un poco de mí mientras vuelan alegremente de árbol en árbol”.

Llegado a la India y una vez resueltos sus asuntos, el hombre fue al bosque y cumplió con lo que su ave le había pedido. A penas había terminado de hablar cuando un papagayo, semejante al suyo, cayó a tierra, inerte, al pie del árbol donde antes estaba posado. El hombre se entristeció por haber causado la muerte del ave, y se dijo que debía tratarse de un pariente cercano de su papagayo, conmocionado en exceso por la funesta noticia que les había llevado. Al volver a casa el papagayo preguntó al mercader si le traía buenas noticias de parte de sus congéneres.

- ¡Desafortunadamente no! Siento no traerte más que palabras dolorosas. Verás, tal y como me pediste, me acerqué al bosque a hacer llegar tu mensaje a los papagayos que allí se encontraban. Pero cuando he mencionado tu cautividad, uno de tus parientes cercanos ha caído inmediatamente a mis pies.

Apenas había pronunciado estas palabras el ave cayó también, como fulminada, al suelo de la jaula.

- Estas aves son verdaderamente sensibles – se dijo el mercader, sorprendido – ¡el anuncio de la muerte de su hermano ha debido matarlo en el acto!.

Lamentando haber perdido el animal que tanto apreciaba, el hombre recogió el ave y lo depositó por un momento sobre el marco de la ventana. Pero en ese mismo instante el ave pareció recobrar la vida y salió volando hasta la rama más cercana. Desde allí, se dirigió al mercader para explicarle lo que había sucedido:

- Lo que tú has tomado por una mala noticia era en realidad una excelente: se trataba de un sabio consejo. A través de ti, mi carcelero, me han sugerido una estrategia para escapar de mi triste suerte y recobrar la libertad. En fin, que me han hecho comprender: “Estás prisionero porque hablas. Hazte el muerto, y serás libre”.

Y el papagayo huyó volando, libre por fin.

La libertad

Al principio del cuento el papagayo ruega a su amo que le conceda el regalo de la libertad. En este momento no es consciente de que la libertad no se pide, ya que no puede venir más que de uno mismo. Es un fenómeno extendido esta **ilusión** que consiste en pensar que nuestra falta de libertad está causada por presiones externas, la liberación provendría por lo tanto de la desaparición de dichas presiones. Según esta lógica, nosotros dependeríamos de la buena voluntad de otros, de transformaciones de las que no somos dueños, de la desaparición de obstáculos que nos parecerían insuperables. En sus *Discursos*, Epicteto escribe que “Las cosas que dependen de nosotros son por naturaleza libres: nada puede detenerlas ni obstaculizarlas; las que no dependen de nosotros son débiles, esclavas, dependientes, sujetas a mil obstáculos y a mil inconvenientes, y enteramente ajenas”. Después explica que la infelicidad de los hombres viene precisamente de no saber distinguir entre las dos, de tomar la una por la otra.

El cuento especifica el hecho de que el papagayo ni siquiera duda, lo que nos muestra hasta qué punto su petición es compulsiva y no razonada. No reflexiona, no disfruta, vive en la **supervivencia**, en el **dolor**, en la **necesidad**. Como consolación, pide a su amo que haga partícipes de su consternación a sus congéneres. El mensajero acepta hacerlo, primero en un sentido y después en el otro, provocando la “muerte” cada vez. Se entristece por esta situación, que no comprende, viendo en ella un exceso de sensibilidad. Podemos pensar aquí en la frase de Horace Walpole: “Este mundo es una comedia para aquellos que piensan, una tragedia para aquellos que sienten”. Es precisamente porque comienza a pensar que el papagayo comprende la farsa que ha sido representada para su amo, farsa que él puede a su vez representar, y es así como recobra la libertad. Es actuando, distanciándose de sí mismo, como logra finalmente burlar a su amo.

La “palabra” es un término más ambiguo de lo que parece en general. Utilizamos alegremente la expresión “libertad de palabra”, y “prohibir la palabra”¹ nos parece una privación básica de las libertades fundamentales. Junto a la razón, la palabra parece ser el privilegio principal del ser humano. Con la palabra el hombre construye, establece, afirma su ser. Y como siempre en los cuentos sufíes, la **evidencia** es sin embargo puesta en duda. Así, el héroe de este cuento es un papagayo: uno de los raros animales que hablan como los humanos. Por supuesto no sabe lo que dice: no tiene consciencia, no tiene razón. En muchas culturas es símbolo de la palabra sin sentido, donde no se hace más que repetir los sonidos que se han escuchado. Es una simulación de palabra, que no dice nada. Demasiado a menudo, aquel que habla no sabe lo que dice: se expresa, pero no piensa.

En este sentido, la palabra puede por lo tanto ser considerada como una prisión: la del **ruido**, la de la inconsciencia, la de la compulsión. Y esto es lo que debe descubrir el papagayo para por fin encontrar la libertad. “Eres prisionero porque hablas”, ha aprendido. Es por el “ruido” que produce que su compañía es apreciada por los humanos. Cualquier medio es bueno para huir del silencio, o para no encontrarse solo, cara a cara con uno mismo. Poco importa el contenido, lo importante es emborracharse de palabras. Callarnos nos cuesta, la ausencia de respuesta del otro es tomada como una falta de respeto, incluso como una agresión. Es una gran señal de

¹ N. del T. En castellano son más correctas las expresiones “libertad de expresión” e “incomunicar”, pero se propone la traducción literal para mantener el vocablo “palabra”, a la que el filósofo hace referencia a continuación.

confianza estar en presencia de otro sin hablar sin sentir angustia, sin por lo tanto tomar el silencio por indiferencia, frialdad o rechazo.

El papagayo vive en la queja, en la angustia y la desazón, desde donde no puede sino **mendigar**. Palabra incontrolada que no hace sino reforzar su impotencia, su nostalgia. La palabra se opone a la acción, o a la razón, no es sino un simulacro de sentido y de existencia: mientras construye una cierta complacencia, fabrica su propia prisión. Más valdría en efecto aprender a callar, para no escucharse más, cuando también hacer el silencio parece equivalente al hecho de morir.

Morir

Este cuento hace referencia explícitamente al concepto de la muerte de uno mismo, fundamental en el pensamiento sufí. Como hemos visto, el papagayo es **prisionero** de su propia palabra. Para liberarse de esta situación, él debe morir por sí mismo, como le indica su congénere del bosque. Es cierto que no muere realmente, “no es más que teatro” podríamos decir, “un truco que el animal utiliza para jugársela a su amo”. Pero lo que constituye esta objeción representa justamente lo esencial de este “morir a sí mismo”. “Quien enseñe a los hombres a morir les enseñará a vivir”, escribía Montaigne, adscribiéndose así a la tradición antigua, platónica o estoica. Lo que no significa que se trate simplemente de estar preparado para “el momento final”. Significa iniciarse a dejarse ir, es decir a renunciar a controlarlo todo, cesar de desear siempre nuestro “propio bien”. Es confiar, es abandonar la persecución inmediata y compulsiva de lo que nos interesa, es contemplar con distancia nuestra propia existencia, es no buscar asegurar nuestro propio bienestar como condición para ser felices, es **desapegarse** de nuestros deseos más acuciantes y de nuestras preocupaciones más persistentes. Se debe estar aquí sin estar aquí, como condición para estar aquí. Es un célebre hadit (pasaje del Corán) el que dice: “Sé en este mundo un inmigrante, o un viajero, considérate entre los que yacen en las tumbas”. Nuestra presencia en este mundo no es más que forma, en esencia vivimos en el otro mundo, si nuestra virtud nos lo permite.

Así es como el papagayo, mediante el concepto de “muerte”, toma conciencia de que, obnubilado por su estatus de prisionero llorando su suerte, no sabe ya escapar. Para liberarse debe alienarse, es decir, eludir su sinceridad, sus sentimientos, su urgencia existencial, y el rol de “muerto” representa de hecho un **teatro en el teatro** de su ser inmediato.

Exilio y origen

Cuando se nos presenta al papagayo al principio del cuento, nos enteramos por un lado de que es prisionero, pero por otro lado de que está en el exilio, muy lejos de su hogar, puesto que sus **orígenes** se encuentran en la India, en el oriente mítico, aquí símbolo de un paraíso inicial. Resulta que es desde ese lugar lejano desde donde recibirá el mensaje o el aprendizaje necesario para su liberación. Esto hace eco a ciertos conceptos del idealismo alemán, como los propuestos por Hölderlin. Encontramos en este último una fuerte asociación en el **simbolismo del mito** al concepto de retorno al origen. El origen es un arquetipo: representa el lugar de lo arcaico, del caos, de lo divino, una suerte de piedra angular o de totalidad rica, inocente e inconsciente, ante el cual el espíritu puede o debe retornar y sumergirse para descubrir las verdades escondidas. Hegel retoma esta intuición para pasar al ser de una existencia implícita y pobre a la plenitud de la acción, permitiendo la puesta en marcha de las potencialidades del espíritu, lo que representa

el medio de un devenir histórico a través de una referencia explícita al absoluto: el *urgrung*, la causa profunda, el **fundamento**. El papagayo se ha realizado existencialmente reencontrando el absoluto metafísico.

El bosque, ese lugar misterioso y espeso, es el lugar de donde regresará el mensaje codificado, transportado por un mensajero que ignora el contenido real. Sólo a aquel que está “preparado” le será de provecho el **sentido profundo**, lo que parece el caso de nuestro papagayo, pero no del amo. Cuando el hombre vaya al bosque, como se le predijo, encontrará papagayos. En este lugar misterioso se encuentra la respuesta, que se asemeja al origen arcaico descrito por Hölderlin. Podemos ver en ello una suerte de oráculo despersonalizado, animal o silvestre. Y como en toda **enseñanza** de este tipo, captamos únicamente aquello que podemos encontrar: cada uno es reenviado a sí mismo. Es en este sentido que la enseñanza es invisible, que el aprendizaje es indirecto. No es una moral específica lo que se ofrece, no es un sistema de pensamiento, sino algo que hace eco a la totalidad de la experiencia. Así es como el papagayo comprende que en realidad es prisionero de sí mismo y de su función. Descubre el significado allí donde el hombre sólo encuentra únicamente los hechos. Cosa extraña, el papagayo parece encontrarse más preparado que el hombre para aprehender la realidad del mundo. Sin duda porque el primero sabe que está cautivo, mientras que el segundo se cree libre, mientras que también él es prisionero de su función: mercader, no conoce sino las realidades materiales. El ave no es para él más que un objeto, una conveniencia. Podemos imaginar su estupor cuando concluye el cuento: él es el verdadero **exiliado**. Es sin duda a él que nosotros, lector, nos parecemos, más que al papagayo.

El papagayo

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿El mercader retiene a su papagayo porque le ama?
- ¿Por qué el hombre obedece al papagayo?
- ¿El papagayo duda de las consecuencias de su petición?
- ¿Cuál es la diferencia entre los distintos papagayos de la historia?
- ¿Qué podría simbolizar el viaje del mercader?
- ¿Por qué el papagayo comprende mejor “la historia” que el mercader?
- ¿Qué aprende el papagayo en esta historia?
- ¿Qué representa la “muerte fingida” en esta historia?
- ¿Por qué es un papagayo el protagonista de esta historia?
- ¿El papagayo habría podido actuar por sí solo?

Reflexión

- ¿Somos prisioneros de nuestras propias palabras?
- ¿Cuáles son las principales razones por las que hablamos?
- ¿Somos conscientes de la naturaleza y de las consecuencias de nuestras palabras?
- ¿Por qué el silencio es a veces doloroso?
- ¿La muerte puede ser una necesidad?
- ¿Por qué algunas personas entienden y otras no?
- ¿Nacemos libres o llegamos a serlo?
- ¿Los otros nos impiden ser libres?
- ¿Hace falta mentir para ser libre?
- ¿En qué aspecto el ser humano es siempre un exiliado?

Las granadas

¿El saber es un poder en sí mismo?

Había una vez un hombre joven que estudiaba medicina con un maestro sufí, que era también médico. Después de algunos años bajo su tutela, le pidió un día:

- Maestro, cuando se presente el próximo paciente, te lo ruego, deja que yo le atienda. ¡Me gustaría ponerme a prueba!
- Pienso que no estás listo todavía, – respondió el maestro – pero hagamos una prueba. Te dejaré hacer, y veremos lo que pasa.

Poco tiempo después, estaban sentados delante de la casa, cuando un hombre se aproximó. El maestro dijo inmediatamente a su discípulo:

- Este hombre está visiblemente enfermo.

El discípulo miró a su maestro con aire sorprendido.

- ¿Cómo lo sabes?
- Fíjate en su cara y en el tizne de su piel – continúa el maestro –, necesita granadas para sanar.

Cuando el hombre estuvo frente a ellos, el estudiante se puso en pie y se dirigió a él con estas palabras:

- ¡Estás enfermo!
- ¡Claro! – respondió el otro – . Eso ya lo sabía. ¿Por qué piensa si no que vengo a ver al doctor?
- Necesitas comer granadas – ordenó el joven.

El hombre expresó su desconcierto.

- ¡Granadas! ¿Y por qué granadas? ¿Es eso todo lo que tiene que decirme? Hace semanas que no me encuentro bien.

Y se fue, decepcionado.

El joven se volvió hacia el maestro:

- ¿Qué ha pasado? ¿Qué es lo que he hecho mal?

El maestro sonrió con dulzura.

- Espera a que se presente un caso similar y te lo mostraré.

Al día siguiente estaban los dos sentados en la entrada cuando vieron a otro hombre acercarse hacia ellos.

- ¡Déjame hacer! Vas a comprender el problema – dijo el maestro –, ya que resulta que este hombre también necesita granadas.

El maestro comenzó por hacer entrar al enfermo y le hizo sentar. Después le pidió que se desvistiera y le examinó largamente. Finalmente, le hizo varias preguntas, más o menos triviales.

- Sí, sí, ya veo... Su caso es muy interesante, ¡y bastante raro de hecho!. Y observo que sufre. Déjeme un reflexionar un poco... Lo que está indicado en este tipo de casos, es un remedio natural, con seguridad. ¡Veamos! Una fruta, quizá... Con muchas pepitas... ¿Limón? No, corremos el riesgo de que sea demasiado ácido para usted, y malo para su estómago. Vamos a ver... ¡Ah! ¡Ya lo tengo! Granadas. ¡Es exactamente lo que usted necesita! Granadas...

El doctor mantenía a la vez la mirada sobre el paciente, como si acabara de hacer un gran descubrimiento.

El enfermo, muy satisfecho, le expresó todo su agradecimiento, le pagó, y volvió a su casa lleno de alegría.

El joven, molesto, dijo entonces:

- ¡No entiendo nada! No veo ninguna diferencia. Es exactamente lo mismo que dije ayer al otro enfermo: ¡que necesitaba granadas!
- Es cierto, pero mira, estos dos hombres, más que granadas, lo que necesitaban era tiempo.

Saber y poder

Saber es poder. Esto puede explicarnos por qué el aprendiz de médico de esta historia está preocupado por ejercitar lo antes posible la ciencia que estudia desde hace cierto tiempo. Más que **profundizar** en lo que ya sabe mediante la observación a su maestro, desea ejercer su poder. Está menos preocupado por el bienestar del enfermo, que tendría interés en consultar a la persona más competente, que por hacer lo que le place, algo que plantea también un problema ético a su estatus de médico.

Ciertamente podríamos objetar que lo que él desea es aprender practicando, pero el aspecto vehemente de su comportamiento, al que se opone su maestro, muestra que está animado por una pulsión un poco infantil. Con la actitud opuesta su maestro, a pesar de que piensa que es aún demasiado pronto y que su discípulo no está preparado, le deja hacer. Confía en el principio de **realidad**: el alumno aprenderá por sí mismo observando lo que sucede, y asumiendo las consecuencias de sus actos. Más que por el conocimiento técnico de la medicina, es por su actitud confiada y paciente que da prueba de su arte. El verdadero poder no se ejerce directamente, sino conociendo y haciendo uso de los procesos naturales del mundo, lo que los sufíes llaman “**las correspondencias internas**”² que tejen la realidad.

El joven tiene prisa, tal como muestra en su comportamiento hacia el enfermo. De modo inmediato, sin tomarse tiempo para ninguna otra consideración, sentencia “la verdad”. La declara con el propósito de demostrar lo que sabe y, por supuesto, de demostrar quién es: él es “el que sabe”. El sabio ofrece una imagen loable, el ignorante una imagen mediocre. Pero la ventaja de un conocimiento basado en la experiencia, como el del doctor, es que no queda en el simple estatus de una opinión subjetiva sino que se verifica por los **actos** y sus **consecuencias**.

Tener razón

Descubrimos que la “verdad” no se maneja sin **precaución**. La verdad es dura, cruda y cruel, es un instrumento espinoso y traicionero, y se trata de aprender a conocerla, controlarla y manejarla con el fin de dejarse trabajar por ella como condición previa a su utilización. Es fácil hablar abiertamente a otro, pero mucho menos escuchar lo que el otro expresa. Esto es lo que sucede a nuestro aprendiz de médico, que se apresura al tiempo en decir al paciente que está enfermo y en ordenarle lo que debe hacer. Este último reacciona con una de las numerosas estrategias que conoce el ser humano para evitar el dolor que causa la verdad. Para empezar, como respuesta a la rudeza del joven hombre, replica con el clásico: “Ya lo sabía”. Es cierto, quizá ya lo sabía, pero habría podido responder “en efecto” o bien “tienes razón”, que habría resultado menos agresivo o combativo. Vemos que su condición desagradable y alarmante de enfermo, unido a la falta de tacto del “doctor”, provoca una fuerte reacción que es un simple **mecanismo de defensa**. Además, para demostrar que él también “sabe” y que también posee un poder, trata de dar una lección de lógica al joven, mostrándole la **evidencia** de su observación: “¿Por qué, si no, piensa que vengo a ver al doctor?”

Todavía inconscientemente en esta búsqueda de **poder**, basada principalmente en la afirmación de uno mismo y de un saber, el aprendiz lanza una segunda afirmación categórica y perentoria: “Debes comer granadas”. Evidentemente el “paciente”, que ya está mal dispuesto a esta falta

² N. del T. Es posible que tenga una traducción técnica que desconozco.

de reconocimiento de su individualidad, reacciona de nuevo más bien mal a esta verdad seca, a este árido “se debe”. Bastante decepcionado y con falta de confianza, se encuentra reticente, cuestionándose el buen fundamento de tal prescripción, que parece por lo demás muy simplista y que no hace honor a la especificidad y a la magnitud de su sufrimiento, y por lo tanto a su propio ser. El observador atento se habrá percatado de la **ostentación** con la cual algunos enfermos llevan y exhiben sus males. Mientras otros, al contrario, esconden esa enfermedad que parece más bien privarles de la imagen que desearían darse a sí mismos.

Así nuestro hombre toma con el mayor desdén la prescripción que le es ofrecida con tal falta de gracia. Y nuestro aprendiz queda mudo de asombro ante la recepción tan negativa de esta verdad, por un lado porque está investida de una certeza inquebrantable para él, por otro lado porque encarna su poder. ¿Por qué un “ignorante” desdeñaría de forma tan arrogante las revelaciones de la **ciencia**? No comprende, e interpela a su maestro al respecto, quien no puede evitar sonreírse ante tal ingenuidad. Después de todo, ¿acaso no sufre su alumno de la misma **patología** que el paciente decepcionado? El rechazo de la verdad es demasiado arduo para ser aceptado: preferimos tener razón.

Paciencia y confianza

Más que explicar mediante palabras lo que podría no servir para nada, provocando únicamente una **reacción dubitativa** o de viva denegación por parte de su alumno, el maestro prefiere hacerle una demostración.

¿Cuál es por lo tanto la diferencia cuando el enfermo consulta la siguiente vez y queda satisfecho con una prescripción idéntica? “El tiempo” responde el maestro a su discípulo, perplejo e irritado. Se trata de un **tiempo psicológico**, el ritmo de algunos procesos inconscientes que operan en la mente del paciente. Para comenzar, el médico representa el papel de un intelectual que admira la enfermedad, lo que da un **valor** al fenómeno: difícil, interesante y raro. Después expresa **empatía**, compasión, acompañando al enfermo. Finalmente ofrece el medicamento. Presenta la prescripción a la vez como el resultado de un proceso de reflexión y como el esfuerzo de lograr lo mejor para la persona. Le hace partícipe de su alegría por el descubrimiento, acompañando de gestos y miradas sus palabras, para asegurarse el **asentimiento** de su interlocutor.

Es verdad que podríamos acusar al doctor de ejercer la **retórica**, de utilizar un esquema de manipulación o de seducción, y no estaríamos equivocados. Pero igualmente podríamos decir de él que es un **pedagogo**: que se preocupa de la persona que está ante él, así como del efecto que pueden tener sus palabras, con la finalidad de ser eficaz.

Se trata sin duda de impresionar o persuadir al otro mediante el **comportamiento** y el **lenguaje**. Es lo que no comprende el hombre joven, orgulloso de su ciencia: no se percató de que tiene a una persona real frente a él, de la que es necesario hacerse cargo, con las precauciones que se requiere. La verdad no sabrá imponerse brutalmente, sin lo cual no puede operar. La eficacia es una de las facetas importantes de la verdad, como se sabe en las ciencias, mediante la experimentación. En un marco “pedagógico”, donde la eficacia se asienta sobre la comprensión y la atención al otro, no enunciamos nuestro “saber”, buscamos actuar para el bien, lo que implica no estar en la pulsión de la sinceridad. Se trata de **mentir**, por omisión o por acción, determinando nuestras palabras principalmente por razones de eficacia. En este momento se

debe establecer una distancia entre uno y uno mismo para centrarse en el otro, lo que implica un modo de **áscesis**.

El joven está irritado por no saber a qué atenerse, ni siquiera comprender lo que ha sucedido. Además del hecho de descubrir que su saber no es un poder en sí mismo, que le falta aún algo, lo que es terriblemente frustrante. No puede sino repetir, de manera obsesiva y estúpida, como un niño: “¡Es exactamente lo que mismo que yo dije ayer!” Deja así también en evidencia ante el lector el lento **cambio de mentalidad** que aún le queda por hacer. Y mientras el médico le explica la situación afirmando “esos dos hombres tenían necesidad de tiempo”, es también de su alumno de quien está hablando. La condición del poder, le muestra, es **abandonarlo**, o al menos no buscar el **mostrarlo**, nerviosa y precipitadamente, aunque sólo sea demorando la acción en el tiempo, lo que a la vez requiere y genera confianza.

Las granadas

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿Por qué el joven quiere ponerse a prueba?
- ¿Cómo podía saber el doctor que su discípulo no estaba preparado?
- ¿Cuál es el error principal que comete el joven?
- ¿Por qué el primer paciente está decepcionado?
- ¿Por qué el segundo paciente está satisfecho?
- ¿Por qué el discípulo está molesto?
- ¿Por qué el discípulo tiene dificultad para comprender lo que ha pasado?
- ¿Qué significa la “necesidad de tiempo” a la que se refiere el doctor?
- ¿El doctor es un buen vendedor?
- ¿Qué conoce el doctor que no conoce su discípulo?

Reflexión

- ¿Por qué es importante la paciencia?
- ¿Es necesario mentir para transmitir la verdad?
- ¿Por qué la verdad necesita tiempo?
- ¿Necesitamos todos creer que somos especiales?
- ¿Estamos todos en búsqueda de nuestra identidad?
- ¿Por qué deseamos mostrar nuestro saber?
- ¿El saber es necesariamente un poder?
- ¿El fin justifica los medios?
- ¿Es moral mentir para obtener lo que deseamos?
- ¿La manipulación es buena?
- ¿Es siempre bueno ser sincero?

El maestro de escuela

¿Nuestras convicciones son nuestras?

Había una vez un maestro de escuela que era muy exigente y severo con sus alumnos. Ellos no lo decían jamás delante de él, porque le tenían miedo. ¡Pobres de aquellos que no se supieran la lección de memoria! Pero un buen día, cansados de su excesiva autoridad, los alumnos decidieron encontrar una solución para deshacerse de él.

- ¡Qué lástima – decía uno de ellos – que nunca se ponga enfermo! Eso nos daría un respiro.
- Es cierto – reafirmaba otro – seríamos más libres, al menos de vez en cuando.

Al oír estas palabras, un tercer alumno propuso una idea:

- Podríamos intentar convencerle de que está enfermo. Será suficiente con decirle: “¡Maestro! ¡Qué pálido está usted esta mañana! No debe de estar bien, sin duda tiene fiebre”.
- Si le dices eso no te creará – objeta un cuarto –. Tus palabras no lograrán convencerle. Pero si todos, uno detrás de otro, le repetimos lo mismo, acabará por creerlo. Después de ti, yo diré “¿Qué le pasa maestro? ¿Qué le sucede?”. Si lo decimos con aire sincero, a fuerza de repetírselo sin duda se convencerá.

A la mañana siguiente los alumnos prepararon su trampa. Apenas llegó el maestro, en lugar de saludarle como de costumbre, un primer alumno, simulando un aire entristecido, le anunció “la mala noticia”. El maestro, irritado por esta observación, hizo un gesto brusco con la mano: “No digas tonterías. No estoy enfermo. Ve a sentarte en tu sitio”.

Después, tal como estaba previsto, distintos niños, uno detrás de otro, le hicieron partícipe de su “inquietud”, cada uno con sus propias palabras. El maestro empezó poco a poco a dudar y terminó por creerse que estaba verdaderamente enfermo, hasta tal punto que ya no se sentía nada bien. Decidió volver a su casa con el fin de curarse. Mientras regresaba, iba pensando con rencor en su mujer.

- ¿Cómo es posible que ella ni siquiera me haya comentado mi estado esta mañana? ¿Es que ya no se interesa por mí? ¿Querrá dejarme para casarse con otro?

Para cuando abrió la puerta de su casa, situada justo al lado de la escuela, ya estaba encolerizado. Su mujer, sorprendida al verle regresar tan temprano, le preguntó:

- ¿Qué pasa? ¿Por qué no estás en la escuela?
- ¿Es que no ves la palidez de mi rostro? – respondió el maestro de escuela amargamente –. Todo el mundo se preocupa por mi salud, pero tú no, a ti te deja totalmente indiferente. Cuando pienso que vivimos bajo el mismo techo y que tu ni siquiera te preocupas por mí.

Su mujer contestó:

- Mi querido marido, estás imaginando cosas. No estás más enfermo que yo. ¿De dónde te ha venido esa idea?

El maestro se puso hecho una furia:

- Mujer estúpida, estás completamente ciega. ¡No ves que estoy enfermo, que no me siento bien y que me duele todo!

Pero la mujer replicó firmemente:

- Como quieras. Pero déjame que te traiga un espejo. Comprobarás por ti mismo si verdaderamente pareces enfermo y si merezco ser tratada tan injustamente.
- Déjame en paz con tu espejo, más bien prepárame la cama, quizá me sienta mejor si me tumbo. Y después, ve rápido a buscar al doctor.

A regañadientes la mujer se dirigió al dormitorio:

- Todo esto no tiene ningún sentido. Finge estar enfermo para alejarme de la casa. No sé lo que quiere, pero estoy segura de que es un pretexto.

Una vez en cama, el maestro comenzó a lamentarse. Los alumnos le oyeron por la ventana, y el listillo que había tenido la “buena” idea sugirió a los otros:

- Vamos a recitar nuestras lecciones tan alto como podamos, todos a la vez, y como no está de buen humor, el ruido sin duda le molestará.

En efecto, un momento después el maestro, que no podía más con ese alboroto, a pesar de su “enfermedad” se levantó para decir a sus alumnos:

- Me dais dolor de cabeza. Hoy no habrá clase. Os doy permiso para que volváis a casa.

Cortésmente, los niños le desearon un pronto restablecimiento y se fueron.

Al ver las madres a sus hijos jugando por las calles cuando deberían estar en la escuela, les regañaron severamente. Los niños se defendieron:

- ¡Es el maestro quien nos ha dicho que nos fuéramos! No es nuestra culpa si por voluntad de Dios ha caído enfermo.

Las madres entonces les amenazaron:

- Vamos a asegurarnos de si decís la verdad. Como sea un embuste, ¡pobres de vosotros!

Se acercaron de inmediato al domicilio del maestro de escuela, y constataron que, según él mismo aseguraba, estaba gravemente enfermo. Se disculparon por haberlo molestado:

- Perdónenos, no sabíamos que estaba usted enfermo.
- ¡Yo tampoco lo sabía! – replicó el maestro – . Son vuestros hijos quienes me lo han advertido.

Bárbaros y salvajes

Es a partir de estos personajes que Friedrich Schiller denomina a los bárbaros, como contraposición a los salvajes. Los primeros son aquellos que desean siempre dictar las **reglas**, imponer las formas definitivas a priori y de **manera categórica**, sin preocuparse por las individualidades, las diferencias, la pluralidad, la sensibilidad y la manera de ser de cada uno. Los salvajes por el contrario no conocen más que sus **impulsos** inmediatos, sus deseos y su subjetividad, si preocuparse por una cosa tal como la universalidad o una cosa tal como el deber. Para los primeros, la realidad se articula a través de reglas preestablecidas, para los segundos, a través de los impulsos del momento. El maestro de escuela de esta historia se encuentra visiblemente entre los de la primera categoría, los alumnos más bien en la segunda. Pero en ninguno de los dos casos encuentran su lugar ni la piedad ni la compasión. De hecho, los dos esquemas se remiten el uno al otro.

El maestro sabe, piensa que todos deben saber, impone este saber de formas determinadas, el particular mediante la repetición que implica el aprendizaje por pura memorización, un **sistema formal** emparejado según la tradición con un **sistema punitivo**. No es sorprendente que los alumnos estén frustrados en incluso coléricos. Esta barbarie les remite a su propio salvajismo. Así tienen la impresión de estar oprimidos, de no poder respirar, de no poder existir. Un problema que permanece actual, sea en la forma de ser de los padres o de los maestros, y en la vivencia de los alumnos. Llegados a este momento, cualquier medio es bueno para **combatir** "la opresión". Todo el problema, tanto para el salvaje como para el bárbaro, es saber cómo conjugar **libertad y obligación**.

Opinión personal y opinión común

Todos tenemos nuestras opiniones más o menos fundadas, **creencias personales** que nos sirven de referencia y nos guían en el día a día. Algunas están mejor fundamentadas o más arraigadas que otras, y aún así a lo largo de nuestra existencia las vemos modificarse, desaparecer y, en ocasiones, reaparecer. Es cierto que el transcurso del tiempo hace mucho, algo que podríamos denominar como una evolución natural ligada a la edad y a las modificaciones internas de nuestro **ser**. Pero los eventos que vivimos, las circunstancias diversas que constituyen el contexto que habitamos, el trato con la opinión general y sus transformaciones también tienen influencia. Este es el principio que han comprendido y del que hacen uso los alumnos de la escuela: utilizar el poder de las palabras para hacer cambiar a su maestro y de poner en jaque a este hombre tan duro e inflexible que nunca cae enfermo. Si bien una opinión dada no logra convencerle, la **repetición** de ésta lo logrará.

Nadie está libre de verse expuesto a la opinión general. Y esto es así felizmente, ya que ella nos protege de nuestras propias **rigideces** y **solipsismos**; y también lamentablemente porque pone en evidencia cómo nuestro deseo de reconocimiento y otros fenómenos de interacción social nos vuelven influenciados o corrompibles. La **relación con el grupo** es sin embargo una necesidad. Y es todo un arte saber conservar las propias certezas y también saber abandonarlas. Creer o no creer, esa es la cuestión. Podríamos preguntarnos también de donde provienen nuestras **íntimas convicciones**.

La duda

La duda habita en el corazón del hombre, anida en lo más profundo de lo que representa su identidad: el pensamiento. Hasta tal punto es esto cierto que Descartes toma la duda como el **fundamento** o la garantía principal de nuestra propia existencia, para saber sin lugar a dudas que existimos: “Dudo, luego existo”. Una paradoja ciertamente: la duda nos permite no dudar de nuestro ser. La duda expresa la **incertidumbre**, una falta de convicción, en este sentido no nos resulta agradable porque nos gusta la certidumbre, ésta nos tranquiliza. Pero también nos permite avanzar, ver nuestros errores, progresar en nuestro pensamiento.

En este cuento la duda del maestro no tiene nada de racional: está provocada por la intranquilidad y muestra la **fragilidad** de este hombre aparentemente racional y firme de espíritu. Es algo que se repite de forma periódica en personas ansiosas, que ocultan sus propias dudas tras una obcecación excesiva y una aparente fuerza de voluntad, pero a las que simplemente les cuesta efectuar juicios sustentados y reflexionados. Oscilan en este sentido entre un comportamiento errático y una actitud testaruda, por miedo a enfrentarse a sus propias incertidumbres. Así el maestro, después de haber rechazado y luego dudado de su enfermedad, se agarra completamente a ella.

La desconfianza

Una vez que tenemos una idea en mente, una convicción cualquiera, la totalidad de la realidad debe atenerse a ella, *nolens volens*. El rechazo y la desconfianza se asientan contra todo aquello que no convenga a estas conclusiones, a los principios elaborados, a esta visión del mundo. Y como bien a menudo no deseamos cambiar de opinión, intentamos “adaptar” las realidades que se cruzan por nuestro camino, con el fin de conservar y alimentar la perspectiva que hemos elegido. Las **distorsiones** que hacemos entonces sobre las percepciones de lo que nos rodea pueden resultar particularmente violentas. A menudo preferimos ignorar lo que no nos conviene: lo rechazamos, lo ignoramos, lo olvidamos. Y podemos también encararlo de frente y atacarlo, por ejemplo atribuyéndole malas intenciones y dejando hablar a nuestros **temores**. Esto es lo que sucede al maestro de escuela, que a causa de su nueva “revelación” llega a dudar de su mujer. Y cuando ella quiere invocar a la realidad del espejo él se niega en redondo, porque ya no la escucha: ha perdido toda su **confianza**. Desea piedad, emoción, pero rechaza la razón; acepta la debilidad pero rechaza la fuerza.

Se entiende que este tipo de desconfianza es muy contagiosa, y la esposa empieza también a su vez a imaginar intenciones malévolas allí donde no hay más que tontería y cabezonería. Pero por comodidad preferimos a menudo desconfiar mucho más de los otros que de nosotros mismos. Lo cierto es que es fácil suscitar desconfianza: sólo se trata de despertar las sospechas y temores que siempre están presentes y adormecidos en el corazón del hombre. Como los animales, oscilamos permanentemente entre el **deseo** y el **miedo**. Y es que: ¿cómo confiar en uno mismo, en el otro, en la razón? Todo depende quizá de nuestra generosidad, lo que no se manifiesta demasiado en lo cotidiano, como lo muestran bien los diversos personajes de la narración.

Autoridad y realidad

¿Quién tiene el poder de determinar la realidad? Se encuentra a menudo en las palabras de los otros. El final de la historia nos dice que el maestro no sabía que estaba enfermo, que se ha percatado gracias a los niños, y podemos pensar que las madres que le preguntan confirman la afirmación del maestro, a pesar de que estén algo sorprendidas. Dudan de sus hijos, pero si la autoridad, que este hombre representa, dice que ellos tienen razón, entonces les creen. Al contrario que la esposa, más suspicaz, porque conoce bien la subjetividad de dicha autoridad.

Tenemos aquí un interesante juego de **encuentros y desencuentros**. Los niños se rebelan contra la autoridad que encuentran abusiva, y logran **manipularla** y hacer que dude de sí misma. Pero las madres, que también representan una forma de autoridad para los niños y desconfían de la palabra de éstos, van a aceptar sin cuestionamientos la autoridad de su prole porque el maestro, manipulado, afirma que tienen razón.

Cuando las afirmaciones se contradicen debemos, en último lugar, determinar de quién nos fiamos, a quién atribuimos la autoridad del **saber** y la **verdad**. Sin darnos cuenta, nos adherimos a veces a ciertos discursos sin más requisito de **prueba** que la credibilidad que otorgamos a una persona, a menudo de forma arbitraria e irracional. Esta historia nos enseña además que la escuela es el lugar por excelencia en el que aprendemos a aceptar sin **cuestionar** el argumento de autoridad, salvo si nos mantenemos en guardia.

El maestro de escuela

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿Cómo son las relaciones entre el maestro y sus alumnos?
- ¿En qué se parecen el maestro y sus alumnos?
- ¿Por qué el maestro acaba creyendo a los alumnos?
- ¿Por qué el maestro se enfurece con su mujer?
- ¿Por qué el maestro cree a los alumnos más que a su mujer?
- ¿El maestro es razonable?
- ¿Por qué el maestro no quiere mirarse en el espejo?
- ¿Los personajes de esta historia confían los unos en los otros?
- ¿El maestro está realmente enfermo?
- ¿Por qué las mujeres creen al maestro y no a sus hijos?

Reflexión

- ¿La escuela es una forma de alienación?
- ¿La autoridad es indispensable en la enseñanza?
- ¿Por qué creeríamos más a un grupo de personas que a una sola persona?
- ¿La repetición es una buena forma de transmitir un mensaje?
- ¿El miedo es una técnica eficaz para transmitir un mensaje?
- ¿Deberíamos creer a los demás o a nosotros mismos?
- ¿Por qué preferimos a veces fiarnos de nuestras convicciones más que de las evidencias?
- ¿Por qué la autoridad es una prueba de credibilidad?
- ¿Por qué los padres suelen desconfiar de sus hijos?
- ¿Las personas testarudas son fuertes o débiles?

La mujer infiel

¿Se debe decir siempre la verdad?

Un día un hombre volvió a casa de improviso. No era habitual en él dejar su tienda tan temprano, pero tenía un presentimiento, y había decidido llegar por sorpresa a una hora inusual. Mas resultó que su esposa, que le era infiel, estaba con otro hombre. El marido al llegar tocó a la puerta llamando a su mujer. Naturalmente la esposa, convencida de que su cónyuge no aparecería a una hora semejante, en plena mitad de la jornada, fue tomada totalmente por sorpresa. No sabía qué hacer: no había en su minúscula casa otra salida que la puerta principal, ni lugar alguno para esconderse. No tenía manera de disimular la presencia de un hombre. En su desesperación, decidió disfrazarlo rápidamente de mujer, utilizando sus propias prendas y cubriendo su rostro con un velo; después abrió la puerta a su marido.

Disfrazado de tal guisa, el hombre resultaba tan llamativo y grotesco como un camello en un ascensor, pero el marido se abstuvo de hacer ningún comentario. Preguntó sencillamente a su mujer:

- ¿Quién es esta persona con el rostro cubierto?
- Es una mujer conocida en el pueblo por su gran piedad y su riqueza – respondió ella.
- ¿Qué se le ofrece? ¿Viene a solicitar algún servicio?
- Lo que desea es unir nuestras familias. Ha oído hablar muy bien de nuestra hija y quiere que sea la esposa de su hijo. Es una mujer de corazón noble y puro: asegura que le es indiferente si nuestra hija es bella o no lo es, la quiere como nuera. Debes saber que su hijo no tiene comparación en personalidad, presencia e inteligencia.
- Nosotros somos gente pobre, y esta mujer es rica. Semejante matrimonio sería como una prenda tejida mitad en seda y mitad en paño, sería una vergüenza para quien la vistiera.
- Eso es exactamente lo que le acabo de explicar. Pero ella dice que no le importa: no está interesada ni por la riqueza ni por la nobleza de origen, y no le preocupa lo que pensarán los demás. Lo único que desea es unir lazos con gente honesta.

El marido planteó aún varias objeciones más, pero a cada una su esposa afirmaba haberlo resuelto ya, pretendiendo que a la mujer no le preocupaban. Y así repetía regularmente:

- A ella no le preocupa la pobreza, lo que busca en nuestra casa es honestidad.
- ¡Esta mujer bien puede darse cuenta de que nuestra casa es tan modesta que no podría esconderse en ella ni una aguja! Puede deducir por lo tanto que nuestra hija no tiene dote. En cuanto a nuestra honestidad y a nuestra dignidad, sin duda son bien visibles. Pero en fin, que sea como tú quieras – dijo a su mujer antes de regresar a su tienda.

La confianza

La confianza es un sentimiento de seguridad o de certeza respecto a alguien o a alguna cosa. Podemos hablar también de un **acto de fe**. Es lo contrario de los temores, de las dudas, de la incertidumbre. Podemos contar con que esa persona u objeto tendrá un comportamiento dado, para una acción o una función específica. Podemos reconocer por lo tanto una cierta forma de previsibilidad. Aún así, podemos distinguir la confianza del conocimiento y del saber, en el hecho de que se encuentra en ella una cierta dosis de imprevisibilidad, una simple posibilidad de fallo. Es por esta razón que el saber no es compatible con las pruebas en contra, que debe enfrentarse a ellas de inmediato, y, si falla en hacerlo, que está obligado a tirar la toalla, a ser modificado o abandonado. Mientras que la confianza, por el contrario, se mide por su capacidad de aceptar aquello que contradice su **certeza**. En este sentido, la confianza en algo es menos que el saber, a nivel de la objetividad de su contenido, pero es algo más a nivel de la subjetividad: una fuerza que le permite no dejarse turbar por la “objetividad” de la evidencia.

Se entiende que la confianza no es totalmente sorda ni ciega, aunque tienda a serlo: puede de vez en cuando dejarse afectar por la **duda**. Al contrario de lo que podría pensarse en un primer momento, la confianza que sentimos se mide por su propia capacidad para aceptar aquello que objetivamente constituiría para cualquier otra persona una razón de desconfianza. Dicho de otro modo, como sucede con el amor, la confianza no forma parte de la **racionalidad**, e incluso le es, en ocasiones, contraria.

Y así le sucede al héroe de nuestra historia. Un vago presentimiento le hace regresar a casa. Todo lo que suceda en adelante bastará para disminuir o perder la confianza que tiene. Pero decide, consciente o inconscientemente, preservarla. La realidad le interesa menos que la dulce y tranquila **paz de espíritu** que da la confianza. El lector puede encontrarle ingenuo o cobarde, pero quizá no sea sino una forma de **sabiduría**.

La mentira

La mentira es una **negación consciente** de la realidad. Pero tiene un alto precio, en tiempo y esfuerzo. Una vez pronunciada debe alimentarse esta falsa descripción de la realidad, hasta lo imposible y lo absurdo, e incluso más allá, en los casos en los que rozan la **patología**. Esta reivindicación de una realidad “alternativa” conlleva unas terribles exigencias, ya que se trata de sostener una verdad fabricada. Mentimos para protegernos, de nosotros mismos o de los otros, para obtener algo o para no perderlo. Se trata siempre de una **manipulación**, del mundo y del otro, que se arriesga en cualquier momento a desaparecer.

Y así le sucede a la heroína de nuestra historia. Ella comienza por dar un paso impetuoso: no pudiendo esconder a su amante, opta por disfrazarle. Pero la mentira es burda, la verdad queda a la vista, como sucede muy a menudo. Podríamos incluso pensar que la mentira nunca permanece, incluso cuando conviene a todos los implicados. Así que hace falta que la mujer hable, que invente, que teja sin fin esta realidad tan extraña como imposible en la que ella misma ha quedado **prisionera**. Frente a las preguntas de su marido ella pretende tenerlo todo controlados y previsto. Las informaciones que da son incluso buenas y halagadoras: para esta seductora mujer se trata de cautivar a través de su **discurso**.

Es así como puede funcionar la mentira, que debe persuadir utilizando todos los **medios retóricos** posibles para volverse plausible, incluso cuando la tarea es imposible. **Paradoja** de la mentira: cuanto más visible y enorme o absurda es, más creíble resulta. Aquí es donde se plantea el problema de la elección, tanto en privado como públicamente: ¿vamos a comprar ese discurso improbable, o lo rechazamos? En ambos casos el precio es elevado, y a menudo preferimos la opción más fácil: la **aceptación** de la mentira, porque en lo inmediato el conflicto sería demasiado costoso. Este es el camino que elige el marido, a menos que lo que está pensando sea que la sombra de la verdad es tan patente que no necesita ser dicha en voz alta. Ir más lejos no haría sino provocar más mentiras. Más vale detenerse y retirarse.

La verdad

Para los sufíes la verdad es tan importante como poderosa. La mentira es ficticia, frágil, efímera, ridícula. Es cierto que, en algunas historias, dura más tiempo y es necesario avanzar la totalidad de la narración para que se **desvele**, o para que no lo haga. Es cierto que la verdad o la realidad absoluta (al-Haqq) que busca todo iniciado sufí es un largo viaje, una lenta **ascensión** al final de la cual no resta más que el absoluto, más que Dios, lo que es accesible a relativamente pocos elegidos, y que necesita de un maestro. Para lograr tamaña visión debe desarrollarse el ojo interior: el hombre ordinario es ciego a tal conocimiento, principalmente a causa de la imperfección de su alma. Se trata por lo tanto de **purificar** el propio ser a fin de poder ver, a través de distintas pruebas, atravesando los velos del mundo material: tanto el del sujeto como el de los acontecimientos y los objetos. No se trata de un saber sino de una **práctica**, un **saber ser**, un **compromiso** en el que se trabaja la perseverancia, la sinceridad, la devoción, el coraje y el amor, cualidades necesarias para emprender y perseverar en esta vía. La simple curiosidad no es suficiente, por ser vana y endeble.

La verdad está siempre ahí, bien presente, a nuestra disposición, si estamos dispuestos a verla, si nuestro corazón está abierto, si no está obnubilado por el deseo y el temor, esas **pasiones** que engendran el **caos** y la **ilusión**, es decir la mentira. Así es como esta historia nos invita a ver lo real con la distancia suficiente, con la perspectiva que nos muestra la crudeza y lo irrisorio de la exageración.

¿Qué se debe pensar de este hombre que no dice nada? Él pregunta, pero no critica en absoluto el **absurdo** que se le presenta. Algo le resulta extraño, lo suficiente como para interrogar sobre la realidad, pero quizás tenga demasiado que perder, al contrario que nosotros, lectores. Piensa en su condición social, en la disparidad de estatus entre las dos familias: no ve la verdadera **pantomima** que se desarrolla ante sus ojos. No ignora por completo la mentira, pero sus preguntas parecen más bien mendigar intenciones tranquilizadoras. ¿No es esto a menudo lo que esperamos de los otros? Con tal de ser reconfortados, estamos dispuestos a cualquier **compromiso**. Pero la historia no nos dice a cuál: la verdad permanece un misterio.

La vergüenza

Aparte de la mentira, el aspecto más llamativo del discurso de nuestra heroína es su ausencia total de vergüenza. Se introduce el contraste entre las cualidades que se pueden esperar de una esposa digna de confianza y el comportamiento manifiestamente indigno del que ella hace gala. La imagen que da es muy inferior a la que los demás estarían en su derecho de esperar, ya sea un extraño o *a fortiori* su marido. Debería trabajar su **conciencia moral**, pero este no parece ser

el caso, aunque es difícil o imposible determinar qué está sucediendo en su interior; no percibimos sino la manifestación externa de su ser: sus palabras y sus actos. Somos libres de pensar que ella no puede encontrarse indemne a sus elecciones.

Motivada por el temor o el deseo, la esposa se presta a un **juego escabroso**. ¿Cuánto tiempo podrá durar esta mentira? Es sobre todo ella quien debe plantearse esta pregunta. Al fin de cuentas, en el plano moral, ¿cuál es el mayor riesgo que corre? ¿La humillación ante el otro, cuando ya no sea posible pretender continuar disfrazando su culpa? ¿O la falta de dignidad ante su propia conciencia? En ambos casos, su imagen de sí misma quedará notablemente desvalorizada. A menos que supongamos una total **amoralidad** de su ser, que siempre es una posibilidad, aunque difícil de suponer en un ser humano. Sartre plantea el problema de la mirada del otro como condición o coerción de la conciencia moral. Esto explica quizás los esfuerzos insensatos o desesperados de esta mujer para sostener su historia a los ojos de su esposo.

Por el contrario, el marido plantea el problema de la vergüenza: en la distancia entre riqueza y pobreza. Podemos tomar esta observación como una **analogía inversa** - ¿irónica? – entre la humildad o el pudor por un lado y la indecencia o lo impropio del otro. La vergüenza emerge entre la distancia entre estas dos maneras de ser. ¿Quién es el verdadero rico, el orgulloso o el humilde? ¿Quién es el pobre, el sincero o el mentiroso? El concepto de **modestia** es apropiado aquí, con su doble sentido de humildad y de pudor. El hombre reivindica la pobreza de su familia, que significa **honestidad** y **dignidad**, en oposición a la riqueza de la supuesta mujer, que simboliza la **duplicidad** y la inmoralidad. Comprendemos en el contexto la mentira que simboliza dicha riqueza.

La mujer infiel

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿Por qué volvería el marido de forma imprevista?
- ¿Por qué la esposa niega la evidencia de un modo tan burdo?
- ¿Por qué el marido no acusa a su mujer abiertamente?
- ¿El marido confía en su mujer?
- ¿El marido es un hombre débil?
- ¿La mujer es cínica?
- ¿A qué están jugando marido y mujer?
- ¿Es posible la verdad entre el marido y la mujer?
- ¿El marido es coherente?
- ¿Por qué el marido se va al final?

Reflexión

- ¿Se debe confiar en la propia intuición?
- ¿La confianza plena es ciega?
- ¿Los demás acaban siempre por traicionarnos?
- ¿Podemos verdaderamente esconder la verdad?
- ¿Cuáles son los principales motivos de la mentira?
- ¿Se debe denunciar siempre la mentira?
- ¿Somos víctimas de nuestras propias mentiras?
- ¿La mentira puede tener una función positiva en las relaciones humanas?
- ¿La moral es personal o colectiva?
- ¿Debemos evitar la vergüenza?

La muerte

¿Podemos escapar de nuestro destino?

Un día un familiar del rey Salomón se presenta en palacio y solicita una audiencia con toda urgencia. Cuando el hombre llega frente al trono del rey, el monarca nota su semblante pálido, sus labios azulados, su aliento entrecortado, y pregunta:

- ¡No tienes buen aspecto! ¿Qué te pasa?
- ¡Es horrible! Esta mañana estaba en el mercado cuando en medio de la multitud he reconocido a Azrael, el ángel de la muerte. Cuando se ha dado cuenta de que le observaba, me ha lanzado una mirada espeluznante, llena de cólera. No sé por qué, pero está furioso conmigo.
- Te entiendo, pero ¿qué quieres que haga? Es el ángel más poderoso de todos.
- ¡Te lo suplico, OH gran rey! ¡Tú que eres poderoso! ¡Ayúdame!
- Te digo que no puedo hacer nada contra él. ¿En qué modo podría ayudarte?
- Tú que dominas los elementos, pide al mayor de todos los vientos que me lleve lejos de aquí, muy lejos, hasta la India. ¡Por mi salud y la de mi alma!

El rey cede y ruega al más grande de todos los vientos que lleve al desdichado hasta la India, a donde llega ese mismo día.

Algo más tarde el ángel Azrael, que estaba todavía en esta misma ciudad, rinde visita al Gran Rey. Este último, curioso por saber más, no puede evitar interrogar al ángel. Tras contarle lo sucedido le pregunta:

- ¿Por qué estabas encolerizado con ese hombre? Es sin embargo una persona piadosa y devota. Pero le has asustado de tal modo que ha dejado el país precipitadamente.

Azrael responde:

- ¡Nada de eso! No estaba enfadado con él, no lo ha entendido. Es más bien con una inmensa sorpresa que le he mirado. En efecto, Dios me había ordenado irle a buscar porque su tiempo había llegado. Pero es en la India, mañana, donde debo tomar su vida. Por eso me he sorprendido de tal modo. Me he preguntado: “¿Cómo puede estar aquí hoy y en India mañana? Este hombre debe verdaderamente tener alas para desplazarse tan rápidamente”.

La interpretación

Interpretar es **explicar** y **explicitar** el sentido de una información, de una parábola, de un hecho, de un fenómeno, de una acción, etc. Es captar lo **esencial** de una obra, de un mensaje o de un comportamiento, y dar cuenta de ello. Es reproducir una creación original de una manera específica que pertenece al intérprete, sin traicionar sin embargo la intención y el contenido originales del **autor**. Es por lo tanto **conjuguar** de manera legítima objetividad y subjetividad.

No se puede comprender sin interpretar, puesto que el acto mismo de comprender implica una apropiación, una traducción, algo que podríamos llamar una “digestión”, es decir una **reestructuración** según las modalidades propias de aquel que “ingiere” el sentido. Encontramos necesariamente una connotación de **subjetividad** respecto al objeto inicial. La cuestión es saber dónde trazar la línea divisoria entre una reformulación, una reproducción, una traducción aceptable o plausible, y aquellas que nos parecen ilegítimas.

Es sobre esta dificultad de juicio que se plantea la tensión de la interpretación, entre razón y sentimiento. El hecho de **comprender** es un acto razonado, que implica captar o destilar un contenido, a fin de hacerlo palpable, comprensible, comunicable. Es aquí donde la interpretación es necesaria. Eso que Spinoza llama las **pasiones tristes** es lo que viene a obstaculizar tal gesto de la razón: los temores, la cólera, el resentimiento, aquello que sentimos cuando algo amenaza o parece amenazar nuestra integridad, nuestra coherencia. Tales sentimientos implican para él una pérdida de poder del ser. La **razón** no funciona entonces ya más según su propia naturaleza operacional: está pervertida y produce ideas inadecuadas.

Es lo que le sucede al héroe de esta historia. Tiene miedo de la muerte, también se desprecia burdamente a sí mismo cuando encuentra a Azrael. Le atribuye cólera, cuando el ángel expresa simplemente sorpresa. ¿No hacemos esto todos nosotros cuando tememos alguna cosa? Hacemos omnipresente nuestro miedo en nuestra **lectura del mundo**, reforzando así nuestra propia convicción sobre su peligro. ¡La tentación de probar permanentemente que nosotros teníamos razón al desconfiar es demasiado grande! Quizá deberíamos comenzar por **desconfiar** de nuestras interpretaciones.

La muerte

La muerte es un concepto fundamental en la tradición sufí: la experiencia existencial por excelencia. Es un versículo del Corán, amado por esta tradición, el que dice: “Si pretendéis ser los bien-amados de Dios, con exclusión de otras gentes, entonces ¡desead la muerte, si sois consecuentes!” Así el verdadero fiel no podrá temer a la muerte, ya que esta le acerca a lo que más ama en el mundo: es decir a Dios. Pero esta muerte física hace eco también a otra muerte: la que viene antes. Morir a sí mismo. Lo que está relacionado con la idea de “filosofar es aprender a morir”³. “Muere antes de morir” prescribe el profeta. Esta “pequeña” muerte, al contrario que la muerte inevitable, común a todos los seres, es personal y voluntaria. Muerto libremente, la **resurrección** se cumple de hecho. Para él todo vuelve a Dios, no es sino uno con Él. Pero para ello, se trata de aniquilar el amor propio que es la raíz de nuestros deseos y

³ N. del T.: Ensayo de Montaigne

repulsiones, hay que dar muerte a las diversas tendencias espiritualmente mortíferas. El **amor a lo universal**, el amor al absoluto, nos libera del amor reductor, posesivo y ansioso.

Así el héroe de esta historia, “sin embargo una persona piadosa y devota”, ha mostrado los **límites** de su amor a Dios al temer al enviado de Dios. Ha olvidado que no es posible escapar a la **voluntad divina**. ¡Como si en la India pudiera uno sustraerse al poder supremo! Ha olvidado así mismo que esta voluntad es necesariamente buena, y que si la cólera divina se desencadena no debe tener miedo: concierne únicamente a los “descarriados”, los malvados y los infieles. Nuestro hombre es quizá en efecto un **descarriado**, ya que acude a Salomón a propósito de una inquietud sobre la “salud de su alma”. Así, cuando nuestro hombre teme la cólera del ángel, es que su conciencia le reclama, es que desea ocultar y proteger alguna cosa. Si no confía en el ángel, no confía en sí mismo. ¡No está muerto aún!

Fatalidad y libertad

La ironía de esta historia es que el hombre, pretendiendo disfrutar de su libertad, aquella que pretendía que le fuera otorgada gracias a su solicitud a Salomón, no hace sino realizar lo que estaba previsto. ¿Cómo comprender esta realidad paradójica? ¿Quiere esto decir que no somos libres, ya que todo está escrito previamente? Se trata de diferentes **concepciones** de la libertad, que se oponen entre ellas. Por ejemplo en Descartes encontramos el concepto de “**libertad arbitraria**” que se articula en el hecho de poder decir “sí o no”. En Spinoza, la libertad se asimilia a la toma de conciencia de nuestras **determinaciones** y a la comprensión de sus **causas**. En Sartre se trata más bien de un concepto de **responsabilidad** existencial: asumir el propio ser singular, las propias elecciones y sus consecuencias.

Para los sufíes la libertad es sobre todo para el humano la capacidad de liberarse de su **ego**, del que tan a menudo es **esclavo**, mientras no haya logrado dominar ese fantasma mediante el combate interior. El alma es el cosmos completo, es la copia perfecta. Por eso podemos dominar el **cosmos** o ser dominados por él, según el trabajo que hayamos hecho. Para ser libre, el alma debe purificarse de toda vanidad, de todo lo que no es Dios.

El héroe de nuestra historia para ser libre debería por lo tanto aceptar la muerte, puesto que es parte integrante de la realidad, es constitutiva de la **existencia**. Rechazar esta realidad, estar asustado de ella, es rechazar la finitud del ser, no confiar, no ser libre. Eso que algunos denominarán “fatalidad” es la naturaleza misma de la realidad, eso que buscamos **combatir** porque el orden del mundo no nos conviene. Siendo la muerte uno de los mejores ejemplos, ya que representa el final de nuestra singularidad, que nosotros a menudo erigimos como **absoluto**. Ser libre es saber no escuchar nuestras propias vanidades, nuestra propia subjetividad reducida, reductora y temerosa.

Huída y aceptación de uno mismo

¿De qué huye el héroe de esta historia cuando viene a solicitar la ayuda de Salomón? Podríamos responder que escapa de su propia realidad. Nuestra muerte puede ser concebida como algo exterior a nosotros mismos, o como una **parte intrínseca** de nuestra existencia. Para Epicteto o Sartre la muerte no nos concierne, ya que no concierne a nuestra existencia: es para la existencia una simple **interrupción**. Pero otra tradición filosófica sostiene, como Montaigne, que enseñar a los hombres a morir es enseñarles a **vivir**. Se trata por lo tanto de aceptar la muerte, como

condición para aceptarse a uno mismo. Heidegger critica la tentación común de escapar a la muerte al hablar de ella en una tercera persona indeterminada, en lugar de apropiarnos de esta muerte como “lo incondicional e ineludible” de nuestra propia realidad.

Más allá de la muerte en sí misma, es del concepto de **finitud** de lo que se trata. Existe una tendencia en el hombre que consiste en pensar en sí mismo en términos absolutos, como si fuera infinito. Una cierta tendencia a la **desmesura** que se contenta no pensando nunca en los límites e imperfección de su ser, y que tiende naturalmente a combatir o a ignorar todo aquello que podría contrariar sus expectativas. Tal tendencia es causa de muchas frustraciones ira o resentimientos, cuando lamentablemente la realidad se impone. Se trataría por lo tanto, como lo sugiere Descartes, de cambiar los propios **deseos** más que de cambiar el orden del mundo. Pero semejante trabajo de uno mismo, cuando lo pretendemos, a menudo parece un sueño imposible.

Así, el héroe de nuestra historia pretende a pesar de todo escapar de su propio destino, de la voluntad divina, de la realidad. No se da cuenta de que no importa cuán rápido o ingenioso sea, no podrá escapar de aquello que le pertenece, de aquello que le conviene, de aquello que él es.

La muerte

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿Por qué el hombre ha interpretado mal la expresión de Azrael?
- ¿Por qué Azrael es el ángel más poderoso de todos?
- ¿Por qué la muerte estaría representada por un ángel?
- ¿Qué representa Salomón en esta historia?
- ¿Por qué Salomón hace lo que el hombre le pide?
- ¿Es el hombre realmente “piadoso y devoto”?
- ¿Por qué el hombre pretendía temer por la salud de su alma?
- ¿Azrael tenía motivos para sorprenderse?
- ¿De qué está huyendo verdaderamente este hombre?
- ¿Qué representa la India en esta historia?

Reflexión

- ¿Por qué tememos la muerte?
- ¿La muerte es parte de la vida?
- ¿Es posible aceptarse por completo a sí mismo?
- ¿Nos habita un deseo de infinito?
- ¿Por qué la objetividad nos supone un problema?
- ¿Debemos aceptar pasivamente el curso de las cosas?
- ¿El miedo nos impide vivir?
- ¿Estamos “condenados a ser libres” como afirma Sartre?
- ¿El destino es una realidad?
- ¿Podemos amar lo inevitable?

El mosquito y el elefante

¿Necesitamos ser aceptados por los demás?

Hubo una vez un mosquito conocido por todos por su gran sensibilidad, llamado Namús el perceptivo. Un buen día, después de haber reflexionado detenidamente sobre su condición, decidió mudarse, por buenas y suficientes razones. Eligió para ello un lugar eminentemente apropiado: la oreja de un elefante. Allí transportó por lo tanto todos sus bienes, y se instaló, en buena y debida forma, en aquella vasta y atractiva morada.

El tiempo pasó y Namús crió a varias generaciones de pequeños mosquitos, a los que envió a la inmensidad del mundo. Como todos los mosquitos, vivió momentos de euforia y de ansiedad, de alegría y de dolor, de insatisfacción y de plenitud.

Habiéndose convertido la oreja del elefante en su hogar, se convenció – como siempre sucede en estos casos – de que existía una relación estrecha entre su vida, su historia, su mismo ser, y esta hermosa morada. ¡La oreja era tan cálida, tan profunda, tan acogedora, había sido testigo de tantas experiencias!

Evidentemente, cuando se instaló había cumplido con el conjunto de rituales y obligaciones exigidos por la situación. Al llegar había declarado sus intenciones con la máxima potencia de su pequeña voz:

- ¡OH elefante! Sabe que nadie más que yo, Namús el perceptivo, se propone establecer su morada en este lugar. Como se trata de tu oreja, tal y como exige la costumbre yo te comunico mi decisión.

Como era de esperar, el elefante no había presentado ninguna objeción: no había oído nada. Es más, para ser precisos, él nunca percibió la presencia de la imponente familia de mosquitos.

Llegó finalmente el día en el que Namús decidió, tras una larga deliberación, mudarse de nuevo por razones significativas e irrefutables. Según la sacrosanta costumbre, preparó una declaración solemne, que gritó en la oreja del elefante. No habiendo recibido ninguna respuesta, reiteró su anuncio, aún más fuerte, sin mayor resultado. Intentándolo de nuevo lo repitió una tercera vez, resuelto a hacer oír, antes de partir, sus imperativas y elocuentes palabras: “¡OH elefante! Sabe que yo, Namús el perceptivo, me propongo dejar mi hogar y mi morada, abandonar mi residencia en esta oreja que es tuya, donde he vivido tan largo tiempo. Esto por motivos importantes y suficientes, de los que estoy dispuesto a rendir cuentas”. Esta vez, las palabras del mosquito alcanzaron por fin el oído del elefante, que percibió un vago murmullo y movió su trompa. Feliz de ver al elefante meditando sus palabras, Namús gritó:

- ¿Qué tienes que decir como respuesta a esta noticia? ¿Cuáles son tus sentimientos a propósito de mi partida?

El animal alzó entonces su enorme cabeza y emitió uno o dos barridos, que Namús aceptó graciosamente como signo de beneplácito.

La sensibilidad

El cuento relata que el mosquito Namús estaba dotado de una gran sensibilidad. Ciertamente, esto significa que el mosquito percibía las más mínimas variaciones del mundo exterior, que era capaz de percibir y de recoger numerosas informaciones de su entorno. Sus sentidos eran agudos, lo cual es muy conveniente sin duda para la delicadeza y fragilidad de un pequeño mosquito, muy **intuitivo**. Podríamos también atribuirle el otro significado de sensibilidad, más ligado a los sentimientos y a las emociones, que indicaría una capacidad de ser fácilmente **afectado** subjetivamente por los acontecimientos externos e internos, de sentir según las situaciones un cierto dolor o un cierto placer, con toda la amplitud de los cambios de humor que ello implica.

No sucede lo mismo con el elefante, este enorme animal de piel gruesa y resistente. Él es duro de oído, a pesar de la inmensidad de su órgano auditivo que puede servir de vasta morada a una colonia de mosquitos. No oye gran cosa, y lo que oye es poco probable que lo comprenda, ya que no es nada **perceptivo**, al contrario que Namús. Algunos de entre nosotros somos quizá semejantes al elefante, duros de oído, a pesar del imponente tamaño de sus orejas, dotado de una gruesa piel que le hace **insensible** a los otros. ¿Debemos por lo tanto concluir que el fino mosquito representa el ejemplo a seguir?

El lector atento se percatará ciertamente el **aspecto ridículo** del héroe de esta historia. Su extrema sensibilidad parece impedirle darse cuenta de hasta qué medida su existencia no representa sino un **detalle** ínfimo en la inmensidad del universo, incluso en comparación con un simple elefante. Atribuye una **importancia** considerable a sus actos, sus palabras, su existencia. Podríamos aquí acusarle de fatuidad y suficiencia en lo que concierne al valor desmesurado que él mismo atribuye a su pequeño ser, entidad insignificante en este vasto mundo. Es cierto que podríamos mencionar el **respeto a uno mismo** o la propia estima si no fuera por lo absurdo del gesto. El funcionamiento de Namús, si bien excesivo y risible, nos recuerda al comportamiento de muchas personas que conceden una gran importancia a cada uno de los momentos de su existencial. Les vemos perseguir con diligencia, constancia y celo diversos **objetivos** que pueden parecer vanos al observador externo. Como hormigas que penosamente transportan cargas más grandes que ellas, nos dan ganas de reír. Se mantienen a la escucha de sus sensaciones, de sus sentimientos. Su conciencia exacerbada de ellas mismas y su subjetividad excesiva les llevan a tomarse por el centro del mundo y a hacer de su microcosmos un irrisorio **macrocosmos** a su medida.

Comunicación y reconocimiento

Namús busca comunicarse con el elefante. No desea únicamente hablar o expresarse; su palabra tiene un objetivo: desea **obtener** algo. Queda claro que dedica mucha energía en ser escuchado por el elefante, insiste a pesar de las dificultades, podríamos preguntarnos cuál es la finalidad de todos esos **esfuerzos**. Nos daremos cuenta sin embargo de que despliega su energía comunicativa más específicamente en el momento de su traslado y su partida. Es en esos momentos cuando desea ponerse en contacto con el elefante. El deseo de reconocimiento nos parece la hipótesis más simple para avanzar. Y sin embargo este reconocimiento debe provenir del exterior, porque es éste, es decir el **mundo**, que representa la realidad, encarnada aquí por

el elefante. Por lo tanto es él, el elefante, quien debe estar en el corazón del ritual de reconocimiento.

En un primer momento Namús se contenta con anunciar el “momento”, dando por hecho el reconocimiento del elefante. Su palabra es performativa: es en ella misma una acción. Aún así, antes de partir, no puede quedar satisfecho por un **acuerdo tácito**: su propio ritual no le satisface sin la **participación** efectiva y explícita del elefante. Su **convicción** inicial en cuanto a la prestancia de los momentos cruciales de su existencia da paso aparentemente a una cierta duda, que no podrá evitar disipar antes de partir definitivamente. Desea que el elefante se identifique con él, que se ponga en su lugar, así como él mismo se identifica con su morada, como el cuento nos explica. Es así que por medio de esta “**comunidad**” él pretende ser comprendido y honrado.

Pero he aquí que todo el drama de la comunicación es que incluye al otro – el locutor depende del oyente – en toda su **diferencia** y **alteridad**, lo que no es necesariamente aquello que deseáramos. Más allá de la propia intención, transmitimos por un lado la **realidad objetiva** de nuestro mensaje, que puede ser muy diferente de la misma intención, y por otro lado aquello que puede percibir la **subjetividad del receptor**. Para el lector de esta historia, observador objetivo, el objeto de la comunicación roza aquí el ridículo. Para el elefante, no se trata sin duda que del ligero zumbido de un insecto, algo molesto. Pero Namús, empapado de esperanza, siempre centrado sobre sí mismo, llega visiblemente a quedar satisfecho por un simple gestos de reconocimiento.

El sentido de la vida

Namús, como la mayoría de nosotros, desea patentemente dar sentido a su vida. Para empezar, tener sentido es dar una significación a esta vida, lo que produce un efecto positivo: comprensión, admiración o placer. Hace falta que esta vida “hable”, que ella “diga” alguna cosa, que produzca un **mensaje** digno de este nombre, alguna proposición que pueda servir de epitafio simbólico y generoso, que demostrará que esta vida no habrá sido vivida en vano. El sentido es también la razón de ser, el fundamento, el alma que anima esta existencia particular, lo que esta vida concreta encarna y representa. Además el sentido es la dirección: aquello hacia lo que va esta vida, su culminación, su finalidad. Encontramos aquí el concepto, muy de Sartre, de la vida como una consecución de acciones que constituyen el **proyecto** de un sujeto libre y autónomo: su existencia. El sentido es también la dimensión razonable y organizada de esta vida, en oposición al caos y al desorden. Podemos encontrarnos en ella, podemos captar su **unidad**, es dirigida y no incoactiva. Y finalmente el sentido de la vida es su **legitimidad**, lo que hace que sea digna de ser vivida, gracias a su interés en el plano moral, social, estético, existencial o algún otro.

He aquí lo que Namús busca de forma intuitiva, sin ser consciente de ello: desea dar sentido a su vida. Para ello, necesita del elefante como interlocutor, ya que éste representa una entidad significativa, susceptible de dar el sentido esperado y pretendidamente necesario de su vida de mosquito. El elefante encarna a la vez el medioambiente, el lugar, el otro, el mundo, las circunstancias, todas realidades susceptibles de **valorizar** y de dar importancia no solamente a él, Namús, sino a numerosas generaciones de mosquitos que prolongan su propia existencia. Para ello, debe anunciar la especificidad única de su **existencia**, proclamar su voluntad, ritualizar sus acciones, sacralizar el lugar, amplificar los acontecimientos que le conciernen y por supuesto

obtener un reconocimiento del mundo con el fin de hacer coherente y confirmar el valor que él se otorga. Así da sentido e interés a la ínfima entidad que él representa, una especie de **eternidad** a su efímera duración, al anclarle a la inmensidad del mundo.

El mosquito y el elefante

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿Qué importancia tiene el hecho de que Namús sea perceptivo?
- ¿Por qué Namús respeta tanto los rituales?
- ¿Qué relación mantiene Namús con la oreja del elefante?
- ¿Por qué el elefante no tiene nombre, al contrario que el mosquito?
- ¿El mosquito tiene “buenas y suficientes” razones para mudarse?
- ¿Por qué Namús desea obtener una respuesta del elefante antes de partir?
- ¿El elefante ha respondido a Namús?
- ¿El mosquito y el elefante se comprenden?
- ¿El mosquito necesita al elefante para existir?
- ¿El mosquito toma sus deseos por realidades?

Reflexión

- ¿La vida necesita un sentido para tener valor?
- ¿Hay algo irrisorio en la existencia humana?
- ¿El hombre es susceptible?
- ¿Por qué hacemos proyectos?
- ¿Por qué pretendemos ser especiales o únicos?
- ¿Qué esperamos de los demás?
- ¿El ser humano tiende a tomar sus deseos por realidades?
- ¿Amarse a uno mismo pasa necesariamente por la relación con los demás?
- ¿Podemos reírnos de todo?
- ¿Te pareces más a Namús o al elefante?

La vejez

¿Envejecer es una calamidad?

Un hombre mayor, preocupado por su salud, va a consultar a un doctor. Se queja largamente de sentir que sus facultades intelectuales se debilitan, y pregunta qué podría hacer para remediar este problema. El doctor escucha pacientemente, después le explica que ello puede ciertamente atribuirse al fenómeno del envejecimiento.

Poco satisfecho de esta respuesta, el paciente exclama:

- ¡Pero mi vista también se está debilitando!
- Es también debido a la edad – responde el hombre de ciencia.
- Y mis dolores de espalda, ¿acaso se deben también a la edad? – continua el anciano, molesto.
- En efecto, es típico de la vejez.
- ¡Y el hecho de que me cuesta digerir todo lo que como, imagino que tampoco puedo hacer nada al respecto!
- Así es: con la edad, el sistema digestivo se debilita poco a poco.
- Pretendía explicarle también que en ocasiones me cuesta trabajo respirar porque siento una opresión en el pecho, pero naturalmente contarle esto no servirá de nada, ¿no es así?
- ¡Todo esto, en efecto, es normal! Ahora está usted mayor, y la vejez trae muchos males, nuestro cuerpo se atrofia, sus capacidades de resistencia disminuyen. No es agradable, pero hay que saber aceptar esta triste realidad.

El viejo se enfada entonces completamente:

- ¡Es usted un auténtico incompetente! ¡No dice más que tonterías! ¡No tiene usted la menor idea de medicina! ¿Para qué sirve usted si no puede curar nada? Todas las afecciones tienen un remedio, esto es la medicina, ¡pero usted no tiene idea! ¡Uno se pregunta verdaderamente dónde ha aprendido usted su oficio!

Ante estas palabras, el doctor replica:

- ¡Tiene ahora más de setenta años! ¡Es lo que explica también su ira y sus palabras llenas de amargura!

La vejez

La vejez se define de diversas maneras. Por un lado en el plano cronológico, por el número de años, como la última parte de la vida. La vejez sería entonces una proporción de la totalidad del número de años vividos, lo que hace que esta cantidad varíe según la época y las condiciones de vida. Por otro lado, es una **etapa** de la vida, ligada al funcionamiento individual y social. La expresión “tercera edad” es característica de esta definición: tras el periodo de **aprendizaje**, o juventud, y el de la **acción**, o madurez, viene el **retiro**, o contemplación. La vejez se define también por una manera de ser y de actuar, tanto del cuerpo como de la mente. Así, nuestra cultura actual pretende **posponer** la vejez promoviendo el bienestar, la higiene de vida y la actividad física en las personas de edad, con el riesgo de rechazar la realidad de la edad.

Está claro que el debilitamiento del cuerpo, la enfermedad, los desórdenes fisiológicos y psicológicos, el dolor físico, la falta de energía, sumado al temor de una muerte próxima, pueden engendrar **ansiedad** y un cierto repliegue sobre uno mismo o sobre lo inmediato, como una recaída en la infancia. La vida cotidiana se vuelve más difícil. La pérdida de las facultades intelectuales, de la memoria, de la concentración y otras, y la disminución de las capacidades físicas, debilitantes, conllevan una **disminución de la autonomía**, que puede resultar penosa o incluso insoportable.

Sea como sea, más allá de las perturbaciones fisiológicas y circunstanciales, nos damos cuenta de que ciertas personas envejecen bien y otras mal. Parece que el personaje de nuestra historia está en la segunda categoría: está lleno de cólera y amargura. Una pregunta se impone: ¿envejecemos como hemos vivido? Este último periodo sería entonces la **culminación coherente** de nuestras elecciones existenciales pasadas. O bien la vejez constituiría una **última oportunidad** de determinar la naturaleza, el sentido y el valor de nuestra existencia...

La sabiduría

La sabiduría es para comenzar una forma de saber que podríamos definir como “conocimiento cierto de las cosas”. Platón la define como “el conocimiento de lo que sabemos y de lo que no sabemos”: la consciencia de nuestras carencias e imperfecciones jugaría un papel fundamental en la sabiduría. Se trata de conocer la **extensión** y los **límites** de nuestros conocimientos para ser sabios. Notamos por lo tanto que la sabiduría no hace referencia únicamente al tema del conocimiento, sino también al del comportamiento en cuanto a uno mismo, en cuanto a la realidad de las cosas. Ya que es una tendencia natural en el ser humano la **avidez**, el exceso de deseo, que le hace difícil decidirse a limitar sus aspiraciones y sus pretensiones, a aceptar sus límites, a renunciar con aceptación. Es por esta razón que el “Conócete a ti mismo” inspirado en el templo de Delfos sigue siendo la exhortación por excelencia que Sócrates recomienda. Se trata de reconciliarse con la propia finitud como condición para la **superación de uno mismo**. Es lo que no logra hacer el protagonista de este cuento. No acepta su envejecimiento ni su enfermedad, y porque su conocimiento de sí mismo está tergiversado, su visión “milagrosa” de la medicina lo está otro tanto.

De esto pasamos de modo natural a otra acepción del concepto de sabiduría: “Conducir la propia vida y acciones de manera moderada y prudente”. Se trata de evitar el **exceso** y la **desmesura**, de escapar a este *hybris* tan natural en el hombre, que los dioses castigan como pecado de orgullo. Frente a esta desregulación de las pasiones, como respuesta a esta actitud abusiva,

Aristóteles nos propone el ideal del “justo medio”, el “lugar” de la templanza. El **medio**, el equilibrio, la armonía son indicadores de perfección y de virtud, siendo la naturaleza del vicio la desproporción.

La sabiduría es también el **sentido común**, el que nos hace actuar y pensar con **discernimiento**. Y aquí también nuestro viejo está desfasado: no tiene el menor buen sentido. Como no soporta la realidad, a pesar de ser evidente, su juicio, sus palabras y sus actos son insensatos. Está motivado por las aberraciones de su propia subjetividad, y no por la objetividad del juicio fundado sobre evidencias.

Finalmente, la sabiduría es el comportamiento orientado a un bien, lo que indica una **dimensión crítica**, ya que se trata de distinguir y separar el bien del mal, lo bueno de lo malo, lo cierto de lo falso, etc. No se trata ya de actuar según el momento, siguiendo nuestras apetencias, nuestras pulsiones, nuestras reacciones, sino de ser amos de nosotros mismos y guiar nuestras acciones por un camino consciente y justo tal como la razón o la moral. Nuestro hombre no busca el bien, no escucha sino a sus apetencias. No quiere sufrir, no quiere envejecer, tiene miedo de lo que le está pasando, y se enfada con toda persona o sugerencia que no sea conforme a sus expectativas. No le mueven ni la verdad ni el bien: está en un total estado de regresión infantil. Queda por saber si la sabiduría es necesariamente una cualidad o un simple consuelo: la **racionalización a posteriori** de una fatalidad poco llevadera...

Fatalidad o fatalismo

La fatalidad es la característica de aquello que es ineludible. Los fenómenos de esta naturaleza atañen por lo tanto a la necesidad, a la determinación *a priori*. Parece que haya una fuerza natural o sobrenatural, como la naturaleza o el destino, que entraña un **transcurso implacable** de los acontecimientos. El ejemplo por excelencia de la fatalidad es el envejecimiento acompañado por la muerte, sin duda porque este fenómeno representa para muchos el aspecto más inevitable y menos placentero de la vida. Podemos aún así preguntarnos si la fatalidad verdaderamente lo es. Porque al problematizarla, tenemos dos actitudes diferentes posibles, fundamentalmente opuestas. Por un lado la aceptación de esta fatalidad, cuando *nolens volens* nos reconciamos con ella, en el peor caso con aceptación, lo que puede denominarse **fatalismo** o **determinismo**. Por otro lado su rechazo, a través de una reivindicación de la libertad, la autonomía o el poder del sujeto, lo que podemos denominar **voluntarismo**.

Del lado del “fatalismo” se encuentra por ejemplo el estoicismo, aunque en este caso podríamos preferir el término “determinismo”, ya que el principio que rige el orden de las cosas es racional – aunque también es de naturaleza divina – y resta por lo tanto relativamente previsible, y asimilable a un enfoque científico. El destino puede ser por lo tanto definido como la **cadena causal** de los acontecimientos. El fatalismo “puro” sería más bien de naturaleza religiosa: la causa de los acontecimientos es atribuida al **poder divino**, en donde la razón, si la hay, no es accesible a nuestro reducido intelecto. Podemos únicamente padecer/ser objeto/sentir

La vejez

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿El hombre va a consultar al doctor porque está enfermo?
- ¿El hombre necesitaba ir a la consulta del doctor?
- ¿El doctor es empático con su paciente?
- ¿El doctor es un buen doctor?
- ¿El paciente tiene razón en enfadarse con su doctor?
- ¿Es la edad lo que causa la cólera del paciente?
- ¿El hombre busca algún tipo de consuelo?
- ¿El hombre sabe verdaderamente lo que quiere?
- ¿El hombre es un sabio?
- ¿El doctor es un sabio?

Reflexión

- ¿Debemos combatir la vejez o aceptarla?
- ¿La ancianidad es culminación o decadencia?
- ¿Existen distintas formas de sabiduría?
- ¿Tenemos la obligación moral de ser sabios?
- ¿La moderación es siempre aconsejable?
- ¿El destino es una realidad o una creencia?
- ¿Podemos amar el destino, como recomienda Nietzsche?
- ¿Es mejor cambiar los propios deseos que el orden del mundo, como propone Descartes?
- ¿Nuestra mirada determina la realidad de las cosas?
- ¿Podemos abusar de la medicina?

El reparto

¿La amistad está siempre abocada al conflicto?

Durante un viaje largo y difícil, tres hombres forjaron una amistad. Habían compartido alegrías y penas, y todo lo que tenían lo ponían en común. Pero sucedió que, tras un largo día de camino, las provisiones estaban casi agotadas, y ya no quedaba más que un sorbo de agua al fondo de una cantimplora y un mendrugo de pan. No sabiendo cómo repartirse tan exigua cantidad, no lograban ponerse acuerdo y acabaron discutiendo.

Como la noche estaba cayendo, uno de ellos sugirió que fueran a acostarse y pospusieran la decisión para el día siguiente. “Vayámonos mejor a dormir – dijo – y al despertar, aquel que haya tenido el sueño más significativo decidirá cómo proceder”.

Los otros dos aceptaron la propuesta.

A la mañana siguiente se despertaron al alba. El primero comenzó a relatar:

- He aquí mi sueño. Fui transportado a un lugar maravilloso, tan grato que las palabras no pueden describirlo. Allí encontré un anciano que me dijo: “El alimento te corresponde de pleno derecho, ya que tu vida presente, pasada y futura es loable, y despierta la justa admiración de todos”.

Después fue el turno del segundo:

- Eso no es nada al lado de mi propio sueño. Yo he visto en un instante desarrollarse ante mí la totalidad de mi existencia, pasada y futura. Después se me ha aparecido un ser extraño, una especie de ángel, que me ha anunciado: “Eres tú quien merece beber el agua y comer el pan, porque eres más sabio y más paciente que tus dos compañeros. Debes estar bien alimentado, porque es tu destino guiar a los hombres”.

El tercer viajero habló a su vez:

- En mis sueños yo no he visto nada en absoluto, no he escuchado nada y no he dicho nada tampoco. Pero he sentido una fuerza irresistible y misteriosa que me ha empujado a ponerme en pie, a coger el pan y el agua y a ingerirlos de inmediato. No he podido resistirme y es lo que he hecho.

El reparto

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿Son amigos los tres hombres?
- ¿Por qué los tres hombres discuten por tan poco?
- ¿Por qué utilizar el sueño como criterio de juicio?
- ¿Qué representan los ángeles de estos sueños?
- ¿Cuál es el principal criterio utilizado por el primer compañero?
- ¿Cuál es el principal criterio utilizado por el segundo compañero?
- ¿Qué diferencia principalmente el “argumento” del tercer hombre?
- ¿Los dos primeros hombres son honestos?
- ¿El tercer hombre es un sabio o un cínico?
- ¿La historia da la razón al tercer compañero?

Reflexión

- ¿Podemos pretender legítimamente ser más “morales” que otra persona?
- ¿El “mérito” puede no ser un criterio apropiado?
- ¿La amistad entraña necesariamente conflictos?
- ¿Es la acción más real que la reflexión?
- ¿Nuestros sueños pueden mentirnos?
- ¿Por qué los oráculos se expresan a menudo de un modo enigmático?
- ¿El presente es más importante que el futuro?
- ¿Tenemos razón al decir que la noche trae consejo?
- ¿Es razonable confiar en las propias intuiciones?
- ¿Los cínicos son realistas?

Los tres consejos

¿El ser humano es testarudo?

Un día un cazador atrapó un pajarillo en su red. Para su gran asombro, su presa comenzó a hablar. El pajarillo intentaba convencer al hombre de que lo liberara: “Déjame partir – le dijo – ¿qué harías conmigo? No te seré de ninguna utilidad: soy tan pequeño y flaquito que de mí no sacarás apenas nada de comer. Pero si me devuelves mi libertad te daré tres preciosos consejos que te ayudarán enormemente en la vida”. El animalillo le propuso además darle el primer consejo mientras estaba aún prisionero, el segundo una vez liberado, desde la rama de un árbol, y el tercero cuando hubiera alcanzado la cima de la montaña.

Un poco perplejo, y sobre todo viendo que en efecto no tenía gran cosa que perder, el cazador aceptó la propuesta y se apresuró a reclamar el primer consejo. Entonces el pájaro le dijo: “Si pierdes algo, incluso si lo estimabas tanto como a tu propia vida, no lo lamentes jamás”. El hombre se sorprendió un poco de este consejo, pero liberó al ave, que salió volando y se posó sobre una rama. El hombre pidió entonces el segundo consejo, y el pájaro le dijo: “Cuando escuches algo contrario al sentido común, no lo creas nunca sin tener pruebas”. Después el pájaro echó a volar hasta lo más alto de la montaña. El hombre, intrigado, le siguió hasta la cima, pero antes de que hubiera podido pedir el tercer consejo, el pajarillo declaró, con aire provocador: “¡Ay hombre miserable! ¡Mi cuerpo contiene dos enormes y preciosas joyas! Si tan solo me hubieras matado ahora serías su bienaventurado dueño”.

Ante estas palabras el hombre empezó a tirarse de los cabellos por haberse dejado engañar de tal modo, pensando en la fortuna que por ello se le acababa de escapar. Haciendo una mueca, reclamó de todos modos al pájaro que le diera su tercer consejo.

El ave se volvió entonces claramente burlona: “¡Qué idiota eres! Aquí estás esperando un tercer consejo, cuando no has ni comprendido, ni tan siquiera escuchado, los dos primeros que te he ofrecido. ¡Recuérdalos! Te he aconsejado que jamás lamentaras nada, y sin embargo ya estás lamentando lo que hiciste conmigo. Te he aconsejado que no creyeras lo que se opone al sentido común sin tener pruebas, y sin embargo crees sin atisbo de duda que yo tenga dos enormes joyas dentro de mi delgado cuerpo. ¡En un santiamén te crees cualquier cosa y te lamentas de lo que piensas haber perdido! ¡Eres verdaderamente estúpido! Y nunca cambiarás. Como la mayoría de los hombres, vivirás prisionero de tus prejuicios y de tu obstinación.”

Los tres consejos

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿Por qué el cazador libera al pájaro?
- ¿Por qué el cazador se sorprende del primer consejo?
- ¿Cuál es la diferencia entre el primer consejo y el segundo?
- ¿Por qué el pájaro mete el cuento de las joyas?
- ¿Por qué el cazador no hace suyos los consejos del pájaro?
- ¿El pájaro dio finalmente un tercer consejo?
- ¿Por qué el pájaro es tan sarcástico?
- ¿Por qué el protagonista de esta historia es un cazador y no un labrador?
- ¿El cazador ha aprendido alguna cosa durante su aventura?
- ¿Qué representa el pájaro en esta historia?

Reflexión

- ¿No se debe lamentar nunca nada?
- ¿Somos todos nosotros cazadores?
- ¿No se debe creer nada extraño sin pruebas?
- ¿El ser humano es en general obstinado?
- ¿Nuestros deseos son malos consejeros?
- ¿Qué es lo que nos impide cambiar?
- ¿Es apropiado burlarse de alguien para educarle?
- ¿El sentido común es un adecuado criterio de juicio?
- ¿El sentido común es común?
- ¿El ser humano es curioso por naturaleza?

Mahmud el indeciso

¿Nos gusta ser víctimas?

Mahmud no lograba decidirse: no sabía cómo vivir su vida. Después de algunas vagas tentativas y experiencias diversas que habían durado poco, muchas dudas le invadían. Consideró distintas perspectivas, pero escarmentado por su pasado y temiendo equivocarse de nuevo, no lograba decidirse sobre el buen camino que tomar. Además su situación personal comenzaba a ser un problema práctico, porque le era difícil cubrir sus propias necesidades.

Un buen día decidió ir a pedir consejo a un sabio sufí.

- ¿Qué debo hacer con mi vida? – le preguntó – ¿Qué decisiones debo tomar? Ya no sé qué hacer...

El sabio escuchó pacientemente los lamentos de Mahmud durante algún tiempo, después le interrumpió:

- ¡Es muy simple Mahmud! Ve al bosque, observa la naturaleza, toma ejemplo de ella y recibirás ciertamente una sana lección de vida.

Mahmud obedeció y se fue al bosque. Observó atentamente sin concluir nada, la verdad, hasta que atisbó un zorro echado tranquilamente cerca de un arbusto, la panza visiblemente bien repleta. Entonces, observando un poco más de cerca, se dio cuenta para su gran sorpresa de que por alguna extraña razón, el animal no tenía ninguna pata. Empezó a preguntarse:

- ¿Cómo hará este zorro para alimentarse? ¿Cómo puede atrapar ninguna presa?

Decidido a averiguarlo, se situó bien y se quedó vigilante. Poco tiempo después, un oso, muy cerca de él, abatió una gacela, la devoró armando un gran alboroto, y se fue dejando abandonado el cadáver.

En cuanto tuvo vía libre, el zorro salió del matorral y se arrastró hasta los restos de la gacela para mordisquear lo que quedaba.

- ¡Eso es! – exclamó Mahmud – ¡he aquí una bella lección, muy fácil de comprender!

Seguro de haber encontrado la respuesta a sus inquietudes dejó el bosque, decidido a sacar partido de esta excelente lección de vida.

Dos años más tarde, un vagabundo famélico llamó a la puerta del sabio sufí. Tras un momento de incertidumbre, el hombre logró reconocer a Mahmud bajo los mugrientos andrajos y los rasgos demacrados: era visible que había sufrido, y físicamente había cambiado mucho. Mahmud, exhausto, se quejó amargamente:

- Seguí tu consejo pero no ha funcionado. Imité el ejemplo de la naturaleza, pero me dio una malísima lección – gimió –. Mira cómo estoy y comprenderás lo mucho que he sufrido.
- Pero, ¿qué es lo que ha sucedido? – preguntó el sabio.

- Fui al bosque a observar la naturaleza, como me aconsejaste. Allí vi un zorro desprovisto de patas, al que sin embargo no faltaba de nada. Las cosas parecían llegar hasta él del modo más natural del mundo. Así que yo también me he sentado a esperar pacientemente: tenía confianza, esperaba que las cosas pasarían por sí mismas. He esperado exactamente como el zorro, pero nada bueno me ha sucedido nunca. Ahora heme aquí, pobre, enfermo y sin recursos. ¡El mundo es verdaderamente despiadado!

El sabio sacudió la cabeza, comprendiendo:

- ¡Mi pobre Mahmud! La lección era perfecta por lo que me cuentas, pero temo que el alumno haya sido algo obtuso. Tú que tienes piernas, ¿por qué has elegido imitar al zorro? ¡Tu modelo era más bien el oso! ¡Sírrete de los atributos que la naturaleza te ha concedido! Podrás alimentarte a ti mismo y podrás alimentar también a los débiles.

Mahmud el indeciso

La indecisión

Mahmud es veleidoso. Le falta **confianza**, porque le parece que todo aquello que emprende fracasa. En distintos grados, el problema descrito aquí es muy habitual: el de la indecisión. Las personas afectadas por este tipo de **dificultad** desean alcanzar muchos objetivos, sin realmente lograrlo. Y cada vez que toman una decisión, la duda les invade.

No saben **centrarse**, enfocarse. Desean la seguridad de haber tomado la decisión correcta más que el compromiso: no comprenden la **dimensión arbitraria** de los caminos de la existencia. Ignoran que la cuestión no es realmente elegir “lo correcto”, sino “hacer correctamente” aquello que se hace, sea lo que sea.

Así terminan por **abandonar** sus proyectos, por dejadez o fácilmente desanimados ante la primera dificultad. Lo que refuerza y justifica su sentimiento de **impotencia**. Asumir riesgos es algo muy costoso para estas personas, no soportan ni los obstáculos ni el **fracaso**. Padecen una especie de personalidad infantil en la que todo debe conseguirse de inmediato, el dolor de la **incertidumbre** es para ellos insoportable, sobre todo si deben continuar actuando durante ese tiempo. Se irritan, se desalientan, abandonan y se quejan.

La duda

La duda no nutre. Cuando nos invade, nos paraliza. Por esta razón Descartes, que sin embargo presenta la duda como instrumento para el pensamiento crítico, propone también lo que él denomina “**moral provisional**”. La duda es útil si es metodológica, es decir si podemos enunciar las razones concretas de la duda, que podamos analizar, a las que podamos responder, que podamos refutar con otros argumentos. Si este no es el caso, se trata de una duda puramente psicológica, una especie de incertidumbre compulsiva, sin interés y contraproducente. Descartes nos alerta contra esta duda, que denomina hiperbólica, por su naturaleza excesiva. Esta situación nos impide juzgar el objeto de nuestra duda sea cual sea; así, la realidad termina por desvanecerse. Como medio para salir de las **tergiversaciones** eternas, Descartes propone la “moral provisional”, que consiste en tomar una vía, sea la que sea, y mantenerse en ella tanto como sea posible, a menos que se encuentre una razón válida para cambiar de vía. Esta “moral” establece una **hipótesis de trabajo**, con la que nos comprometemos sin certeza, el tiempo que sea necesario, permaneciendo abiertos a la **crítica** y a otras alternativas.

Mahmud, falto de moral provisional, incapaz de hacer una elección y mantenerse en ella, toma otra decisión: pedir **opinión** a un experto, en este caso un sabio sufí. Este escucha un rato a Mahmud, el tiempo que le lleva comprender su **angustia** y su grado de impotencia, luego prefiere atajar la expresión de las quejas. Irrumpe la subjetividad con un principio de realidad, más objetivo: la **naturaleza**. Todo está allí, sólo hay que observar. Es una forma de decir a Mahmud que se complica la vida para nada, que se ahoga en un vaso de agua, porque se escucha demasiado a sí mismo.

La autocomplacencia

Mahmud, perdido, no espera sin duda más que la palabra de la **autoridad** para emerger de su crisis. Una palabra además muy admisible porque devuelve a una realidad indiscutible y todopoderosa: la naturaleza. Demasiado feliz por encontrar un apoyo, se apresura a obedecer. Y sin embargo, ¿qué es lo que encuentra Mahmud? Un zorro enormemente discapacitado satisfecho con su suerte, porque todas sus necesidades son cubiertas por la **providencia**. Mahmud se identifica totalmente con este animal discapacitado: se siente casi aliviado. La impotencia está aquí justificada, incluso recompensada, porque apenas necesita ya esforzarse para cubrir sus propias necesidades. Es suficiente con esperar, con ser paciente, y todo llega. No es sorprendente que Mahmud se apresure a aprender esta “lección”, que lleva totalmente en la sangre, para aplicársela a sí mismo. Y, como todos los indecisos, una vez que ha tomado una “gran” decisión, ya no la abandona: pase lo que pase, se aferra a ella, encabezado, sin volver a cuestionársela. Hasta que no llega al punto de faltarle el mínimo sustento y comenzar a consumirse, es incapaz de **reconsiderar** su hipótesis: prefiere aferrarse cobardemente a su postura antes que afrontar el nuevo temor que supone la incertidumbre de la decisión tomada. Y paga las consecuencias: el **deterioro** y la **decadencia** de su cuerpo, y sin duda también de su mente.

Creecer

La explicación que da al sabio que le pregunta sobre su apariencia es bastante reveladora de su estado mental. Él “confiaba”, “esperaba”, “aguardaba”... Igual que la primera vez, Mahmud llora su suerte. Sólo que ahora tiene incluso mejores razones para quejarse: es una **víctima**, ¡y las víctimas siempre tienen razón! Él ha obedecido, ha seguido los **consejos** del maestro, los de la naturaleza, y ha sido vergonzosamente traicionado.

Evidentemente el sabio, que ha comprendido el problema de Mahmud, le muestra lo ridículo de su situación, causada por lo **absurdo** de su decisión. ¿Por qué ha escogido como modelo al inválido? ¿Por qué tiene tanta necesidad de presentarse como una víctima en lugar de cómo un actor vigoroso, que se asume a sí mismo? ¿Por qué Mahmud tiene miedo de **existir**? Y al mismo tiempo, de modo implícito, sin esperar que su interlocutor le comprenda, le ofrece una pista: estás demasiado centrado en ti mismo, debes aprender a crecer pensando en los demás. Los demás existen, con sus propias necesidades y dificultades. Quizá fuera esta para Mahmud una **etapa necesaria**. Después de todo, el maestro puede esperar: el cuento no haya quizás terminado, puesto que el nombre Mahmud significa “aquel que merece alabanzas”. A menos que esta denominación responda a una **ironía** del autor. El cuento no revela si Mahmud logrará convertirse en adulto.

Mahmud el indeciso

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿Por qué Mahmud no lograba encontrar su camino?
- ¿Qué concepto tenía Mahmud de sí mismo?
- ¿Es Mahmud un buen observador?
- ¿Por qué Mahmud eligió el modelo de vida del zorro en lugar de la del oso?
- ¿Mahmud es de naturaleza confiada?
- ¿El sabio tenía razón al proponer a Mahmud lecciones de la naturaleza?
- ¿Mahmud comprendió el consejo del sabio?
- ¿Por qué el sabio tacha a Mahmud de “obtusos”?
- ¿Cuál es el principal problema de Mahmud?
- ¿Mahmud aprende algo a lo largo de esta historia?

Reflexión

- ¿La naturaleza es una maestra fiable?
- ¿Hay que creer en la providencia?
- ¿Por qué nos gusta quejarnos?
- ¿Por qué a menudo es difícil elegir?
- ¿El deseo de perfección es una buena guía en la existencia?
- ¿Aprendemos únicamente aquello que nos conviene?
- ¿El mundo es despiadado?
- ¿La pasividad es necesariamente un defecto?
- ¿Dudar es bueno o malo?
- ¿Es cierto, como dice Hegel, que “el miedo a equivocarse es la primera equivocación”?

Los excrementos

¿Las diferencias nos suponen un problema?

Un día, en medio del mercado de las especias y los perfumes, un hombre se desplomó repentinamente y cayó al suelo desvanecido. Sus piernas no alcanzaban ya a sostenerle: la cabeza le daba vueltas indispuesto como estaba por el olor del incienso quemado por los mercaderes. Estos, así como los curiosos, se precipitaron para venir en su ayuda. Algunos le masajearon el corazón o los brazos. Una mujer le derramó agua de rosas sobre el rostro, pensando que aquello le devolvería las fuerzas y le haría volver en sí. Mientras tanto otros trataban de aflojarle las ropas para ayudarle a respirar. Entonces un hombre, a todas vistas versado en la ciencia médica, vino a tomarle el pulso y luego sugirió simplemente dejar al enfermo tranquilo y esperar.

A su alrededor las discusiones proliferaron. Algunos diagnosticaban un abuso de la bebida o un exceso de hachís, otros se decantaban más bien por falta de hidratación o alimento, o atribuían el malestar simplemente al calor ambiental. Cada uno explicaba la situación a su vecino a partir de su propia experiencia: contaban lo que les había sucedido personalmente, o lo que habían visto en personas cercanas. A pesar de la algarabía nadie encontraba remedio, y el hombre seguía tumbado, inconsciente.

Resultó que el hermano de este hombre era curtidor y que ambos tenían el negocio un poco más lejos. No tardó en saber lo que estaba sucediendo, y en cuanto le llegó la voz, corrió hasta el mercado, recogiendo por el camino los excrementos de perro que pudo encontrar, guardándolos en la mano. Llegado al lugar del drama, dispersó a la multitud diciendo: “¡Déjenme pasar! Yo sé lo que hay que hacer. ¡Conozco la naturaleza de su enfermedad!”.

Escondiendo bien su “medicamento”, que arriesgaba provocar reacciones de repugnancia, el hombre llegó hasta su hermano y se inclinó sobre él como para decirle un secreto en la oreja. Mientras tanto, disimuladamente le puso la mano en la nariz. Al percibir el olor de lo que contenía esta mano, el hombre recobró de inmediato la conciencia. Los curiosos que observaban la escena desde hacía rato se quedaron muy sorprendidos y sospecharon inmediatamente que allí había algún poder mágico. Incluso hubo quienes afirmaron: “Este hombre tiene un aliento poderoso, ¿acaso no ha logrado despertar a un muerto?”. Entonces el hombre se levantó y se marchó con su hermano como si nada hubiera sucedido.

Los excrementos

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿Por qué la gente se acerca precipitadamente cuando el hombre se desmaya?
- ¿La gente se interesa verdaderamente por la persona que se ha desvanecido?
- ¿Qué simbolizan los olores en esta historia?
- ¿Por qué era preferible para el enfermo que no se hiciera nada?
- ¿Por qué todas esas personas quieren comentar lo que sucede?
- ¿Por qué el hermano no se atreve a dejar ver lo que hace?
- ¿Qué representa el curtidor en esta historia?
- ¿Por qué los excrementos podrían provocar asco?
- ¿Por qué los curiosos hablan de “magia”?
- ¿Qué pretende enseñar esta historia?

Reflexión

- ¿Por qué queremos ayudar a los demás?
- ¿Por qué el drama atrae la atención?
- ¿Qué es lo que genera el asco?
- ¿Lo que es bueno puede hacernos daño?
- ¿Por qué se dice que “el camino al infierno está lleno de buenas intenciones”?
- ¿Por qué nos gusta contar lo que nos sucede?
- ¿Por qué debemos esconder algunas cosas a pesar de que son comunes a todos?
- ¿Necesitamos explicarlo todo?
- ¿Las diferencias nos incomodan?
- ¿Hay que fiarse siempre de la propia experiencia?

El propietario y el mendigo

¿La moral es universal?

Pasaba un mendigo por un pueblo, yendo de puerta en puerta para rogar por algún medio de subsistencia. Llegando frente a una mansión impresionante, llamó a la puerta. El amo de la casa abrió y preguntó en tono arisco que qué deseaba. El mendigo le hizo partícipe de su miseria y le preguntó si sería posible que le diera un mendrugo de pan, incluso aunque fuera rancio, para poder saciarse. El hombre le respondió de forma desagradable:

- ¿Quieres pan? Dime, ¿es que esta casa parece una panadería?

El mendigo insistió:

- ¿Tiene alguna fruta, siquiera estropeada?
- Esta casa no es una frutería tampoco.
- ¿O quizás un pedazo de carne?
- ¡No somos ni una carnicería ni un matadero!
- ¿Y un vaso de agua? ¿Tendréis al menos un vaso de agua, no?
- ¿Ves pasar por aquí algún río?
- ¿Podría al menos descansar unos instantes bajo vuestro techo?

Muy irritado, el hombre responde:

- ¡Sí, claro, si te parece es un albergue, donde cualquiera puede hospedarse a su antojo!
¡Hala, sigue tu camino, no hay nada para ti aquí!

Así, cada ruego del mendigo fue rechazado de igual modo. De pronto, éste se baja los pantalones y caga en la entrada de la casa.

- ¡Pero qué haces! – rugió el dueño de la casa, horrorizado y escandalizado.
- Buscaba un lugar propicio para cagar – respondió el hombre, todavía agachado – y por fin lo he encontrado. Aquí no hay de beber ni de comer y no se puede descansar: ¡es una auténtica ruina, no hay nada de nada, nadie podría vivir aquí! Este lugar no puede a todas luces servir nada más que de letrina.

El propietario y el mendigo

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿Por qué el dueño recibe mal al mendigo desde el principio?
- ¿Por qué el dueño no da nada al mendigo?
- ¿Por qué el dueño utiliza preguntas como respuestas?
- ¿Qué tienen en común los distintos argumentos del dueño?
- ¿El mendigo ha cambiado de carácter a lo largo de la historia?
- ¿Cuál es el origen del escándalo en esta historia?
- ¿Por qué el mendigo defeca en la entrada de la casa?
- ¿De qué naturaleza es el conflicto moral entre los dos hombres?
- ¿Cuál es la lógica del mendigo?
- ¿En qué se parecen el mendigo y el dueño de la casa?

Reflexión

- ¿Por qué nos gusta tanto poseer?
- ¿Para qué sirve el sarcasmo?
- ¿Por qué los mendigos son despreciados?
- ¿Por qué la suciedad nos asusta?
- ¿En qué el otro representa una amenaza?
- ¿El escándalo debe necesariamente provocar una escena?
- ¿Debemos respetar únicamente a aquellos que nos respetan?
- ¿Debemos necesariamente ser generosos?
- ¿Una moral debe imperativamente presentarse como universal para ser una “verdadera” moral?
- ¿La moral es una necesidad?

El hombre que montaba en cólera

¿Nuestros defectos tienen una razón de ser?

Hubo una vez un hombre que montaba en cólera con facilidad, de modo muy violento. Al cabo de un cierto número de años terminó por darse cuenta de en qué medida este temperamento le hacía la vida difícil. No sabiendo qué hacer, buscó a quién pedir consejo. Oyó hablar de un derviche de gran sabiduría y se decidió a ir a verle. Cogió su petate y su fusil y se puso en camino.

Al cabo de algunos días de viaje llegó a casa del derviche. Tras haberle escuchado largamente, éste le dijo:

- Ve al cruce de caminos desierto que te voy a indicar. Allí verás un viejo árbol reseco. Instálate bajo este árbol y ofrece agua a toda persona que pase por allí, con el fin de refrescarle.

El hombre colérico obedeció y llegó hasta el cruce indicado. Se instaló allí, y ofrecía agua a los viajeros ocasionales que pasaban.

Con el tiempo, adquirió en la región una cierta reputación de asceta entregado a una severa disciplina, practicando la caridad y el dominio de sí mismo, discípulo de un gran maestro.

Un día pasó un hombre que tenía visiblemente mucha prisa y que ni siquiera respondió cuando se le ofreció el vaso de agua para refrescarse. Cuando fue interpelado, volvió la cabeza hacia el otro lado y continuó avanzando como si nada. Viendo esto, el hombre que montaba fácilmente en cólera insistió e hizo su oferta repetidamente:

- Toma un poco de esta agua que ofrezco a todos los viajeros que pasan por esta encrucijada.

Como el caminante continuaba alejándose por el camino, el asceta se enfadó considerablemente y empezó a gritar en su dirección:

- ¡Al menos podrías dignarte a saludarme!

Pero el otro ni siquiera se volvió.

Completamente ultrajado por semejante comportamiento, no pudo soportarlo: olvidando su trabajo de sí mismo, la disciplina que había adquirido y su autodomínio, tomó su fusil, que desde el principio estaba colgado de una rama del árbol reseco, apuntó al viajero desconsiderado y disparó. El hombre cayó muerto al instante.

Ante las consecuencias de su reacción, el hombre que montaba en cólera se desesperó. Entonces vio que unos brotes, como por milagro, florecían en ese momento del árbol muerto. Supo poco después que aquel al que acababa de matar era de hecho un criminal que se apresuraba para cometer un asesinato, tras una larga serie de graves fechorías.

El hombre que montaba en cólera

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿Por qué la cólera del hombre le hacía la vida difícil?
- ¿Por qué el derviche envía al hombre a un cruce de caminos desierto?
- ¿Por qué el hombre debe dar agua a los caminantes?
- ¿Por qué el hombre obedece al derviche?
- ¿El hombre aprende algo en aquel lugar?
- ¿Por qué el hombre tiene un ataque de cólera tal ante el caminante con prisa?
- ¿Por qué la cólera lleva al asesinato?
- ¿Por qué el asesinato haría florecer los brotes?
- ¿Cuál es la lección de esta historia?
- ¿Hay una similitud entre los dos protagonistas de la historia?

Reflexión

- ¿La cólera tiene una razón de ser?
- ¿Montar en cólera depende de uno mismo o de los otros?
- ¿Es mejor vivir con los propios defectos hasta el final o corregirlos?
- ¿Por qué nos es difícil aceptarnos tal y como somos?
- ¿Podemos cambiar de verdad?
- ¿Cuáles son los medios para trabajar el dominio de uno mismo?
- ¿El dominio de uno mismo es posible y deseable?
- ¿Los otros son nuestro espejo?
- ¿Existe una justicia inmanente?
- ¿Todo lo que existe tiene un sentido?

El antiguo baúl

¿Siempre hay que saber?

Hubo una vez un hombre respetado por todos, porque era reflexivo y llevaba una vida de mesura. Sin embargo se había casado tarde, con una mujer mucho más joven que él.

Una noche en la que volvía más tarde de lo habitual, su fiel sirviente le anunció al recibirle:

- Su señora esposa se comporta esta noche de un modo extraño. Ha hecho llevar a sus aposentos el gran baúl que pertenecía a su abuela de usted, el que supuestamente contiene antiguos bordados, pero estoy seguro de que ahora encontraríamos en él algo bien diferente. Ella no me ha permitido mirar dentro, ¡ni siquiera a mí, vuestro más antiguo sirviente! Y ahora se niega a que nadie entre en sus habitaciones.

Habiendo escuchado esto el hombre fue a ver a su esposa, seguido por su fiel sirviente. Cuando entró la encontró sentada, con aire inquieto, sobre el gran baúl de madera maciza. Después de saludarla, le pidió que levantara la tapa para enseñarle lo que el baúl contenía. La mujer le respondió:

- ¿Es por las sospechas del servicio que me lo pides? ¿Es que no confías en mí?
- ¿No sería más sencillo cortar por lo sano todos los rumores abriendo sencillamente el baúl? – respondió el marido.

Pero la mujer, con tono decidido, replicó:

- No creo que eso sea posible.
- ¿Y eso por qué, es que está cerrado con llave?
- Sí, eso es.
- Bueno, ¿y dónde está la llave?

La mujer le enseñó la llave y dijo:

- Haz salir al sirviente y te daré la llave.

El amo de la casa despidió al sirviente y la mujer le entregó tímidamente la llave. Después también ella se retiró, visiblemente preocupada.

Una vez solo, el hombre se sentó junto al baúl y comenzó a reflexionar, mientras jugaba lentamente con la llave.

Así estuvo largo rato, después, caída la noche, hizo llamar a los jardineros de sus tierras. Les pidió que levantaran el baúl, después les condujo hasta un lugar alejado de la propiedad. A sus órdenes, cavaron una fosa profunda y enterraron en ella el baúl. Después el hombre regresó a su casa.

Finalizado el incidente, en adelante nunca más fue mencionado.

El antiguo baúl

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿El marido es responsable del problema que se le presenta?
- ¿El marido es verdaderamente un sabio?
- ¿En qué dilema pone la mujer a su marido?
- ¿Por qué la mujer echa al sirviente?
- ¿Por qué la mujer sale de la estancia al final?
- ¿El marido confía en su mujer?
- ¿La mujer confía en su marido?
- ¿Qué simboliza esta joven mujer?
- ¿Qué revela la elección final del marido?
- ¿El marido ha aprendido algo con este incidente?

Reflexión

- ¿El marido ha tomado la decisión correcta?
- ¿Es deseable saber olvidar?
- ¿En qué consiste la sabiduría?
- ¿La confianza tiene un precio?
- ¿Por qué es difícil elegir?
- ¿Estamos todos solos cuando se trata de elegir?
- Cara a un dilema, ¿siempre hay que elegir?
- ¿La curiosidad es una virtud o un defecto?
- ¿Qué son los conocimientos vanos?
- ¿Por qué la incertidumbre nos es penosa?

El hombre que caminaba sobre las aguas

¿Para qué sirve el conocimiento?

Hubo una vez un derviche muy erudito, formado en una escuela exigente y austera, que se paseaba por la orilla de un río meditando sobre la realidad de las cosas. Aquel día estaba absorto en grandes problemas teológicos y morales, ciencias que constituían la esencia de la enseñanza sufí impartida en su escuela. A través de todo ello se trataba de descubrir finalmente la última verdad.

Mientras paseaba, totalmente absorto en sus profundas reflexiones, resonó un gran grito que interrumpió el hilo de sus pensamientos. Reconoció al instante que se trataba de un cántico sagrado derviche tradicional, que provenía de una isla en medio del río. Pero como especialista, se percató también de que aquel hombre cometía un grave error. Se quedó conmocionado:

- Esas palabras no tienen valor – se dijo. ¿Cómo puede ese hombre masacrar así las sílabas sagradas? ¡No es “Ya Hou” lo que hay que salmodiar, sino “Ou Ya Hou”!

Consideró entonces que se trataba de su deber más imperativo, incluso sagrado, corregir a aquél desdichado que se confundía de tal modo. Si duda no debía de haber tenido como él la suerte de ser educado correctamente. Nunca podría aquel pobre hombre entrar en resonancia con la verdad.

Viendo que había cerca de allí una barca amarrada, la tomó prestada y se dirigió remando hacia la isla. Allí descubrió a un hombre vestido con una chilaba derviche, sentado sobre el suelo desnudo junto a una mísera choza de juncos. Mientras salmodiaba las fórmulas iniciáticas se balanceaba al ritmo de su cántico.

- ¡Mi buen amigo – le dijo – no es así como se debe pronunciar! No te enfades conmigo, me veo forzado a decírtelo porque el conocimiento nos exige obligaciones. Además es meritorio dar consejos beneficiosos al prójimo, así como lo es recibir tales consejos.

Entonces le explicó cómo debía hacerse para pronunciar bien y el hombre le agradeció humildemente su generosa ayuda. Después el derviche sabio volvió a montar en la barca, feliz de haber realizado así una buena acción. Recordó entonces una enseñanza de su maestro que afirmaba que “el hombre que logra repetir correctamente las palabras sagradas tiene incluso el poder de caminar sobre las aguas”. Él mismo nunca había sido capaz, ni había visto nunca a nadie poseer tal poder, pero no desesperaba de lograrlo algún día. No escuchándose ya más ruido proveniente de la isla, se dijo que el hombre estaría reflexionando y que la lección había llegado a buen puerto. Después oyó un “Ou Ya” un poco tímido: el hombre volvía a salmodiar, titubeante, pero todavía a su manera. El sabio derviche se irritó un poco al escucharle. Se puso inmediatamente a meditar sobre la habitual perversidad de los hombres, en su empecinamiento a permanecer en el error.

Remaba tranquilamente inmerso en sus profundas reflexiones cuando sus ojos descubrieron el espectáculo más extraño del mundo: el derviche de la choza había dejado su isla y avanzaba hacia él, caminando sobre la superficie del agua. Estupefacto, dejó de remar. El hombre llegó hasta él y le abordó con esta pregunta:

- Hermano, perdona que te importune, pero he venido para solicitar tu ayuda. ¿Puedes indicarme de nuevo el método clásico que me has enseñado? Porque de verdad que me está costando recordarlo.

El hombre que caminaba sobre las aguas

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿Por qué el derviche sabio queda conmocionado al escuchar los cánticos?
- ¿Cuál es la importancia de las “palabras sagradas”?
- ¿El derviche sabio está movido por un sentido moral?
- ¿Qué busca el derviche sabio?
- ¿El segundo derviche es ingenuo?
- ¿Por qué al segundo derviche le cuesta pronunciar las “palabras sagradas”?
- ¿Por qué el segundo derviche pide ayuda al derviche sabio?
- ¿Por qué el derviche sabio no puede caminar sobre las aguas?
- ¿Cuál de los dos derviches es más consciente?
- ¿Qué distingue fundamentalmente a los dos derviches?

Reflexión

- ¿Por qué buscamos conocer las cosas?
- ¿El saber es un poder o una trampa?
- ¿La ingenuidad es una virtud?
- ¿Por qué la ignorancia nos supone un problema?
- ¿Nos empeñamos a menudo en permanecer en el error?
- ¿Por qué nos fascina lo extraordinario?
- ¿Por qué el desacuerdo nos altera?
- ¿La consciencia puede ser un problema?
- ¿Es posible conocer la Verdad?
- ¿La sabiduría es proporcional al saber?

La Tienda de las Lámparas

¿El absurdo tiene un sentido?

Una noche sin luna, en una calle fría y desierta, dos hombres se cruzan.

Uno interpela al otro:

- Dígame, ¿conoce el barrio? Busco una tienda llamada “La Tienda de las Lámparas”. Se supone que está cerca de aquí, pero no la encuentro por ningún sitio.
- Conozco bien el barrio – respondió su interlocutor – vivo a tres calles de aquí. Y puedo en efecto guiarle hasta ese lugar.
- Sin embargo debería lograr encontrar el lugar yo solo. Me han explicado bien cómo llegar, incluso me han anotado las indicaciones por escrito en este papel.
- Entonces no entiendo muy bien por qué me ha abordado si prefiere arreglárselas solo.
- La verdad, se trataba de hablar un poco... la noche es oscura.
- ¡Ah! Así que no busca en absoluto esa tienda, sino compañía.
- Creo que tiene razón, es eso sin duda.
- Y aún así, si desea encontrar esa tienda, sería más cómodo dejarse guiar por una persona que conoce el barrio, puesto que ya casi ha llegado. Sobre todo porque esta última parte es un poco complicada.
- Confío por completo en las personas que me han indicado el camino, saben de lo que hablan. Además, sus explicaciones me han permitido llegar hasta aquí y ya casi he llegado, como usted mismo ha dicho. Esto lo prueba, ¿no? Y no estoy tan seguro de poder fiarme de otras personas.
- Lo que es igualmente extraño es que haya podido confiar en esas personas que le han informado, cuando nadie le ha indicado el modo de reconocer a aquellas en las que puede confiar.
- Quizá tenga razón.
- Y a fin de cuentas, ¿cuál es su objetivo?
- Lo que le he dicho: encontrar esa Tienda de las Lámparas.
- ¿Y puedo preguntarle por qué tiene tanto interés en encontrar esa tienda?
- Porque sé por una fuente segura que en ese lugar pueden encontrarse aparatos que permiten leer en la oscuridad.
- En efecto. Pero hay una cosa que sin duda ha olvidado.
- ¿Ah sí? ¿Y qué podría ser? No tengo ni la menor idea. ¿Qué es lo que he olvidado?
- Para poder leer con una lámpara, previamente hay que saber leer, ¿no?
- ¡Eso sin duda que no lo puede probar!
- En efecto, sería difícil en una noche tan cerrada como esta. Además le falta una información importante.
- ¿Qué información?
- La Tienda de las Lámparas está donde siempre ha estado, pero todas las lámparas han sido transportadas a otro lugar, a otra tienda.

- Escuche, yo no tengo ni idea de lo que es una lámpara ¡es cierto! Pero es evidente que es en las tiendas de lámparas donde pueden encontrarse lámparas. Es por eso que se les llama así, ¿no?
- ¡En efecto! Salvo que “Tienda de Lámparas” tiene dos sentidos posibles. Puede significar “el lugar donde se venden lámparas” pero también “el lugar donde solían venderse lámparas en el pasado pero ahora ya no quedan”.
- ¡Eso igualmente estoy seguro de que no lo puede probar!
- ¿Se da cuenta de que si alguien le escuchara podría tomarle por un idiota?
- ¡Yo creo que es usted quien sería tratado de idiota! Pero creo más bien que no lo es. Porque de hecho sospecho que tiene un plan bien establecido. Quiere sin duda enviarme a una tienda de lámparas de algún amigo suyo ¿no? O bien, por alguna razón que ignoro, no desea que yo compre una lámpara.
- ¡Es aún peor de lo que imagina! En lugar de dejarle buscar su “Tienda de las Lámparas” dejándole creer que eso arreglará su problema, deseo saber si usted sabe leer o no. También le pregunto si ha visto alguna vez una tienda parecida, si sabe cómo es. Igualmente, quisiera que se preguntara si no hay otros lugares para encontrar una tal lámpara, u otros medios de leer en la oscuridad.

Los dos hombres se miran tristemente. Después, cada uno continua su camino.

La Tienda de las Lámparas

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿Qué simboliza la atmósfera siniestra de esta historia?
- ¿El extranjero es confiado o desconfiado?
- ¿Por qué el extranjero se contradice?
- ¿Qué representa la “Tienda de las Lámparas”?
- ¿El extranjero busca verdaderamente la tienda de lámparas?
- ¿Qué significa la idea de “leer en la oscuridad”?
- ¿Qué busca a fin de cuentas el extranjero?
- ¿Por qué discuten los dos hombres?
- ¿Qué significa la frase final de esta historia?
- ¿Esta historia tiene sentido?

Reflexión

- ¿Qué buscamos cuando dialogamos?
- ¿Es necesario comprenderse para poder dialogar?
- ¿En general por qué discutimos?
- ¿En qué sentido la racionalidad nos supone un problema?
- ¿Siempre sabemos lo que queremos?
- ¿Cuál es la primera causa de la soledad?
- ¿Por qué sentimos la necesidad de insultar a los otros?
- ¿Por qué a menudo esquivamos las preguntas de los otros?
- ¿Somos todos unos incomprendidos?
- ¿El absurdo puede tener un sentido?

El rey que quería ser generoso

¿Esperamos siempre algo a cambio?

Un rey muy poderoso, que un día se aburría, convocó a un derviche y le pidió que le contara una historia.

- Majestad – respondió el derviche – le contaré la historia de un rey que fue el más generoso de todos los tiempos, porque si os parecéis a él seréis ciertamente el más grande de todos los reyes vivos.

Se sintió crecer una gran tensión entre los que escuchaban este intercambio de palabras, porque nadie hablaba así al rey. Era costumbre regalarle los oídos diciéndole que ya era el más grandioso rey vivo, porque por su puesto poseía las más grandes cualidades en un grado nunca igualado.

- Cuéntame esa historia – replicó el rey, visiblemente enfadado – pero ten mucho cuidado, porque si tu historia no está a la altura de tus palabras se te cortará la cabeza por haber calumniado a tu rey.

El derviche, sin dejarse intimidar lo más mínimo, contó entonces la larga historia de un rey que sacrificó su reino e incluso su propia persona para que nunca nadie pudiera sufrir por su causa. Después de escuchar esta historia, que le había cautivado, el rey olvidó sus amenazas y declaró:

- He aquí un excelente cuento, derviche, del que sabré sacar buen provecho. Tú no puedes sacar partido de él porque no posees nada y no tienes nada para dar. Has renunciado a todo y no esperas nada más de esta vida. Pero yo, yo soy un rey, rico y poderoso, y verás que puedo mostrarme el más generoso de todos, más de lo que jamás podrías imaginar. Sígueme y mira bien lo que voy a hacer.

El rey se fue a lo alto de una colina que podía verse desde toda la ciudad y convocó allí a sus mejores arquitectos, ordenándoles construir una inmensa edificación compuesta por una gran sala central rodeada por un muro con cuarenta ventanas. Después ordenó que se trasladara una parte importante de su tesoro al interior de este edificio. Todos los medios de transporte fueron movilizados para transportar montones de piezas de oro, lo que llevó mucho tiempo. Una vez que todo estuvo listo, el rey hizo anunciar por todo el reino que cada día él aparecería en cada ventana con el fin de distribuir sus riquezas entre los indigentes del reino.

Rápidamente la noticia se extendió, y cada día los necesitados se presentaban alrededor de las numerosas ventanas para recibir algunas monedas de oro de las manos del soberano. Al cabo de varios días, el rey reparó en la jugada de un hombre, claramente un derviche, que cada día venía, cogía una pieza de oro y después se iba, sin siquiera dar las gracias al rey, al contrario que los demás mendigantes. El rey se sorprendió de ver a tal hombre venir así para coger piezas de oro. Al principio, encontró buenas razones, diciéndose que era sin duda para distribuir aquellas piezas a algunos pobres, que era una forma de caridad. Pero la sospecha fue tejiendo lentamente su red, y al final de una cuarentena de días, su paciencia al límite, el rey se irritó abiertamente de este jueguito e interpeló al derviche:

- ¡Especie de ingrato! ¿No sabes dar las gracias por lo que hago? ¿No puedes inclinarte como los otros? Vienes día tras día a recibir una pieza de oro, ¿no podrías por lo menos sonreír como signo de agradecimiento? ¿Hasta cuándo va a durar esto? ¿Es que por casualidad te aprovechas de mi generosidad para hacerte rico, o para practicar la usura? ¡Tu comportamiento no es digno de un derviche! ¡Llevas ese atuendo remendado para engañarnos mejor!

En cuanto hubo pronunciado esas palabras, el derviche sacó las cuarenta piezas de oro de su bolsa y las tiró a los pies del rey:

- ¡Recupera tu oro, rey generoso! Y sabe que la generosidad no tiene sentido sin tres condiciones. Dar sin experimentar el sentimiento de ser generoso. Dar sin esperar nada a cambio. Dar sin dudar nunca de nadie. ¿Sabrás tu jamás ser generoso?

El rey que quería ser generoso

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿Por qué un poderoso rey se aburriría?
- ¿El rey necesita a un derviche sólo para que le cuente una historia?
- ¿Por qué se enfada el rey?
- ¿Por qué el rey se siente superior al derviche?
- ¿Por qué el rey quiere volverse generoso?
- ¿Por qué el rey se enfada con el derviche mendigante?
- ¿Por qué no hay que buscar el “sentimiento de ser generoso”?
- ¿Por qué el rey desconfía del prójimo?
- ¿Cuál es la función común de los dos derviches en esta historia?
- ¿El rey está satisfecho de sí mismo?

Reflexión

- ¿Por qué necesitamos ser halagados?
- ¿Es posible no esperar nada de la vida?
- ¿Por qué desconfiamos del prójimo?
- ¿Por qué nos aburrimos?
- ¿La gloria puede hacernos felices?
- ¿Por qué a menudo deseamos compararnos con los demás?
- ¿El ser humano es tentado por el exceso?
- ¿Sabemos siempre por qué actuamos?
- ¿El hombre es un ser eternamente insatisfecho?
- ¿Es posible desear hacer el bien únicamente por hacer el bien?

La amada

¿Amamos a alguien o amamos el amor?

Hubo una vez un joven muy enamorado. Todos le admiraban por la constancia de su pasión. Y es que resultaba que, desde hacía varios años, no había podido reunirse con su amada: distintas circunstancias se oponían. Aun así, la esperanza alimentaba su corazón.

Un buen día, recibió al fin el mensaje tan esperado de parte de su bella: “Ven a reunirme conmigo esta noche, podremos al fin vernos. He preparado una gran celebración para ti.” Ella le citaba en el lugar convenido y añadía: “Espérame hasta la medianoche y vendré sin que necesites llamarme”.

El enamorado quedó transportado de gozo al recibir esta misiva. Comunicó la noticia a sus seres queridos, familiares y amigos. Como deseaba compartir su felicidad con todo el mundo, hizo caridad con todos los pobres de la ciudad, repartiendo pan y carne.

Al fin, cuando llegó el momento tan esperado, se acercó al lugar indicado por su bienamada y esperó pacientemente. Esperó un cierto tiempo, algo febril, pero paciente a pesar de todo.

Como el tiempo pasaba, acabó por quedarse dormido.

Caída la noche la amada llegó, fiel a su palabra. ¡Pero encontró a su enamorado dormido! Cortó entonces un pedacito de su vestido, envolvió algunas nueces en el rectángulo de tela y lo metió todo en el bolsillo de la chaqueta que llevaba el joven.

Al alba, el enamorado se despertó, buscó a su bella, pero no la vio. Notó entonces el pequeño paquete en su bolsillo y metió la mano, sacando el regalo que le había sido hecho durante su sueño. Viendo las nueces y la tela, exclamó:

- ¡Mi amada es más fiel y constante que yo! Si estoy sufriendo, es por mi culpa.

La amada

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿Quién domina la relación amorosa en esta historia?
- ¿El amante es una persona débil?
- ¿Por qué todos admiran la constancia del amante?
- ¿Qué rol juega la esperanza en esta relación amorosa?
- ¿Por qué el amante desea compartir su felicidad con todo el mundo?
- ¿Por qué la carta especifica que no habrá “necesidad de llamar”?
- ¿Por qué el amante se duerme?
- ¿Qué representa el regalo de la amada?
- ¿Por qué el amante se atribuye la culpa del fracaso?
- ¿La bienamada es una persona real?

Reflexión

- ¿El amante de esta historia es culpable?
- ¿La constancia es siempre una virtud?
- ¿Las circunstancias pueden ser una coartada?
- ¿La esperanza hace vivir o impide vivir?
- ¿Amamos el amor o a una persona?
- En el amor, ¿hay que aceptar todo del otro?
- ¿Esperamos siempre algo cuando amamos?
- ¿El amor puede privarnos de recursos?
- ¿Hay distintos tipos de amor?
- ¿Se debe amar para conocer?

Precioso y sin valor

¿Es difícil pensar?

El rey convocó un día a su consejero, un sabio sufí, al que planteó el siguiente problema:

- La fuerza del verdadero pensamiento es el juicio claro, en particular cuando se nos presenta una alternativa. De hecho he aquí una que se me presenta en este momento: ¿debo aumentar el conocimiento de mi pueblo o debo darle más de comer? Sabiendo que en ambos casos el pueblo saldría beneficiado.
- Alteza, ¿para qué sirve dar conocimiento a aquellos incapaces de recibirlo? – replicó el sabio. – ¿Para qué dar alimento a quienes no comprenden la razón? Es falso presuponer que “en los dos casos el pueblo se beneficiaría”. Si las gentes no pueden digerir este alimento o si creen que su merced se lo da únicamente para corromperles, o incluso si se figuran que siempre podrán aprovecharse de este modo, habréis fracasado. Igual sucede con el conocimiento. Si son incapaces de entender que se les ofrece conocimiento, o de comprenderlo, o incluso de comprender por qué se les da, entonces no se beneficiarán en absoluto. Para hacer frente a un tal problema debe abordarse por grados. He aquí la meditación que podría servir de iniciación a un grado mayor de comprensión: “Aquello que es lo más precioso no vale nada, y lo que no vale nada es lo más precioso”.
- Deberéis explicarme y demostrarme esta verdad, ya que no la comprendo – respondió el rey.

El sufí hizo entonces venir a un gran derviche y le planteó la siguiente cuestión: “Si pudieras pedir a un habitante de esta ciudad que cumpliera alguna cosa importante, ¿qué le harías hacer?”. El derviche conocía las conexiones internas entre las cosas. Respondió: “Existe un hombre, un mercader del bazar que podría volverse muy rico, provocar al mismo tiempo grandes cambios benéficos para todo el reino y también hacer avanzar la Vía, únicamente con un simple gesto: dando una libra de cerezas a otro hombre necesitado.” El rey se sintió feliz al escuchar esta respuesta, porque habitualmente los maestros sufíes no son tan explícitos ni tan concretos. “¡Haced venir a este hombre inmediatamente y le diremos lo que debe hacer!” – exclamó. Con gesto de reprobación, los otros dos le hicieron callar: “Esto no funciona así, el asunto no puede tener éxito salvo si el hombre actúa de pleno agrado” – replicó el maestro.

Los tres hombres se acercaron entonces al gran bazar, de incógnito, desprovistos de sus vestidos oficiales, con el fin de no influenciar indebidamente la decisión del mercader. Se aproximaron al puesto y examinaron las frutas como clientes ordinarios. El derviche explicó al rey que él debía jugar el rol desencadenante, así, se aproximó al mercader, le saludó y le dijo: “Conozco a un hombre pobre que carece de todo. ¿Podrías por caridad ofrecerle una libra de cerezas?” El mercader estalló en risas. “Hay que ver, mira que me he encontrado con muchos pillos en mi vida, han intentado conmigo todo tipo de astucias, pero esta, bueno, esta es la primera vez que la oigo. Alguien que quiere cerezas y que se rebaja a venir a pedírmelas como si fueran para otro, para hacer caridad al parecer. ¡Esta sí que es buena!”.

Los tres hombres se fueron. “¿Veis de lo que os hablaba?” – dijo el sabio. “Un hombre valioso acaba de hacer la sugerencia más preciosa, y los hechos prueban que todo ello no tiene valor alguno para el hombre al que se dirige”. El rey le miró con aire meditativo, después preguntó: “¿Y qué es aquello que no vale nada pero que es precisamente precioso?”. El sabio le hizo signo de que le siguiera. Cuando se aproximaron al río, los dos compañeros agarraron bruscamente al rey y lo lanzaron al agua. Resultó que conocían muy bien que el rey no sabía nadar. Este último se debatía en el agua, estando a punto de ahogarse, cuando un miserable vagabundo apodado el tío majareta, un simplón bien conocido porque vagaba a menudo por las calles, saltó inmediatamente al río y arrastró al rey sano y salvo hasta la orilla. Aunque muchos transeúntes más vigorosos que aquel pobre hombre habían visto al rey debatirse en el agua, ninguno había hecho el más mínimo movimiento.

El ahogado se tomó algún tiempo para recomponer sus emociones. Pero en cuanto se tranquilizó, los dos sabios le dijeron a una sola voz: “Veis como aquel que no vale nada es precioso”.

Así fue como el soberano regresó al viejo método tradicional que consistía a dar lo que era posible dar, conocimiento, ayuda u otros, bajo la forma que fuera, caso por caso, según las circunstancias, a aquellos que se juzgaba los más dignos de recibir la ayuda en cuestión.

Precioso y sin valor

Algunas preguntas para profundizar y ampliar

Comprensión

- ¿Cuál es el interés de plantear una alternativa clara?
- ¿Cuál es la diferencia entre “dar de comer” y “dar conocimiento”?
- ¿Por qué el sabio sufí no está de acuerdo con la pregunta inicial del rey?
- ¿Por qué el sabio propone una paradoja a modo de iniciación?
- ¿En qué el conocimiento de las “conexiones internas entre las cosas” es importante?
- ¿Por qué no hay que revelar el “secreto” al mercader?
- ¿Por qué el mercader no aprovecha la oportunidad que se le propone?
- ¿Por qué los dos sabios son violentos con el rey?
- ¿Por qué es un simplón el que salva al rey?
- ¿Qué es lo que el rey aprende durante su aventura?

Reflexión

- ¿Es necesario conocer la naturaleza y la motivación de un regalo para aceptarlo?
- ¿El educador debe conocer bien a la persona a la que educa para poder educarla?
- ¿El conocimiento es más precioso que el alimento?
- ¿Toda pregunta parte de supuestos?
- ¿Las apariencias engañan?
- ¿Existen realmente las “conexiones internas entre las cosas”?
- ¿La educación puede producirse sin violencia?
- ¿La verdad es de naturaleza paradójica?
- ¿Cuál es la función del juicio?
- ¿Somos responsables del orden del mundo?